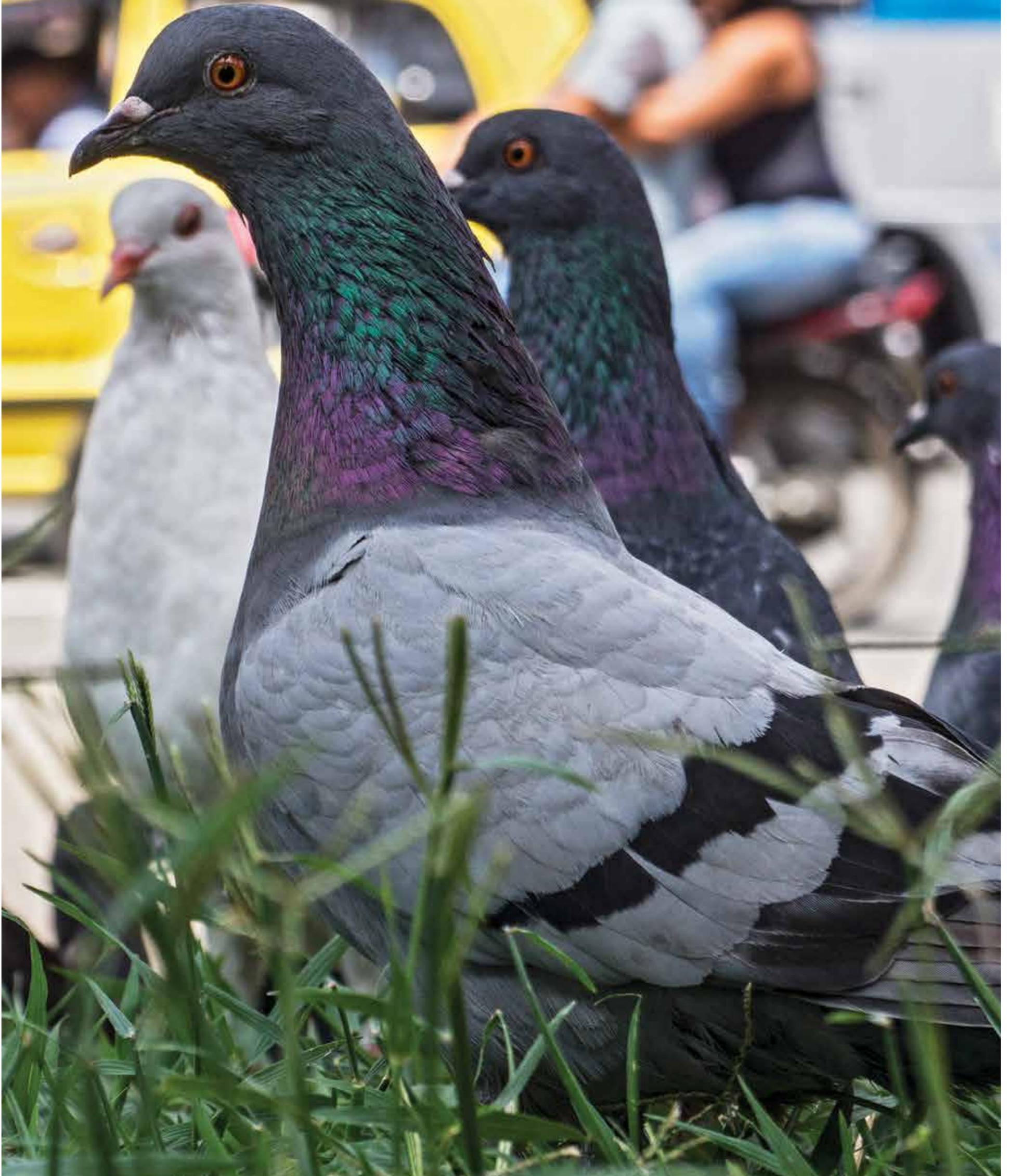


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 49 - Septiembre de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Letras de molde

6

Milord

8

Las crónicas de JAZ

13

I shot the sheriff

16

Un milagro para Diógenes

18

Un club a la intemperie

20

Acuario entre dos calles



UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora
- Guillermo Cardona
- Alfonso Buitrago
- David E. Guzmán

ASISTENTE EDITORIAL

— Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

— Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

— Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Equipo UC

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 49 - Septiembre 2013
18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Invocación

¿Quién convocó aquí a estos personajes?
¿Con qué voz y palabras fueron citados?
¿Por qué se han permitido usar el tiempo y la substancia de mi vida?
¿De dónde son y hacia dónde los orienta el anónimo destino que los trae a desfilar frente a nosotros?

Que los acoja, señor, el olvido. Que en él encuentren la paz, el deshacerse de su breve materia, el sosiego a sus almas impuras, la quietud de sus cuitas impertinentes.

No sé, en verdad, quiénes son, ni por qué acudieron a mí para participar en el breve instante de la página en blanco. Vanas gentes estas, dadas, además, a la mentira.

Su recuerdo, por fortuna, comienza a esfumarse en la piadosa nada que a todos habrá de alojarnos. Así sea.

Álvaro Mutis
1923 - 2013
Caravansary, 1981



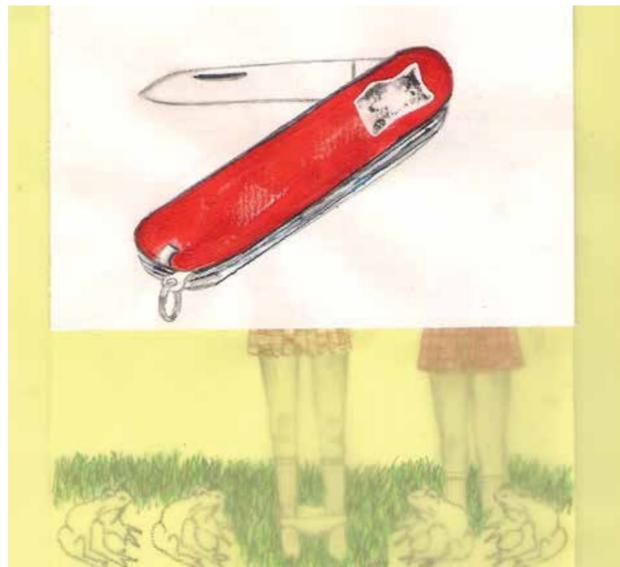
Fotos tomadas del libro *El reino que estaba para mí*. Fernando Quiroz, 1993.



Junto a la pared blanca

por RÓBINSON GRAJALES

Ilustración: Verónica Velásquez



Un acontecimiento me sorprendió aquella mañana: ver un gato comiéndose una rana. Yo había madrugado mucho para llegar antes que las niñas a la pared blanca del solar. Eran las cinco y treinta de la mañana, uno de esos días de julio en que ya empezaba a clarear a esa hora, con un incipiente bochorno que anunciaba la larga y calurosa jornada de verano.

Cuando me disponía a entrar en el baldío, en la penumbra, vi una sombra moverse entre la hierba alta. Después de unos segundos de aventurar diversas hipótesis (una rata, una bolsa agitada por el viento, la ilusión visual de una roca desplazándose), vi que se trataba de un gato acechando algo entre la maleza. Con suma suavidad y extrema concentración, el animal se dirigía hacia su objetivo, ubicado fuera de mi campo de visión. De pronto, un cuerpo pequeño y oscuro saltó desde la hierba. El gato, con perfecta sincronía, voló hasta encontrarse con su presa en el aire. La atrapó con su boca y comenzó a desgarrarla, todavía sin aterrizar, con ayuda de sus patas delanteras. Luego se acurrucó junto a un arbusto para tomar su desayuno. Cuando logré acercarme un poco pude ver las largas patas de sus cuerpos, pero la erección no cedió. Pensándolo bien, en realidad fueron tres los acontecimientos que me sobresaltaron aquella mañana. El tercero fue la visión de esos cuerpos con un diseño extraño, que destilaban desde sus entrañas esa pestilencia que me había asaltado junto a la pared (en una rara figuración aparecieron en mi mente, en cadena, las ranas muertas, la pestilencia y el orín de las niñas).

Yo creía saberlo todo sobre las mujeres, a mi corta edad había tenido la oportunidad de ver a varias desnudas (a mi mamá saliendo del baño emparamada porque había olvidado la toalla, a mi tía cambiándose de ropa sin saber que me había escondido en el armario de rejilla, a mis primitas saltando en la piscina inflable), pero en aquel momento, viendo a las dos niñas, caí en cuenta de que nunca había visto a una mujer orinar. De hecho, había completado este bache de mi aprendizaje con un sueño: mi tía entraba corriendo al baño, donde yo jugaba con un carro, y orinaba frente a mí, sacándose un pene de entre las ingles, desplegándolo como se hace con la cuchilla de una navaja. Hasta aquella mañana, oculto tras el arbusto en aquel solar, estuve convencido de la existencia de un mecanismo tal en las mujeres. Tal vez ese pánico, que poco a poco devenía en tristeza, se debiera al hecho de sentir cómo los sueños se estrellan contra la realidad. Cuando terminaron, las niñas se enderezaron, dejaron caer las faldas, se pusieron los calzones y continuaron su camino hacia el colegio, tomadas de la mano, sin dejar de sonreír.

Ahora que lo recuerdo con detenimiento, fueron dos los sucesos que me impresionaron aquella mañana. El segundo fue el olor que había junto a la pared. Era una pestilencia agria, incluso la sentí rebotar en mi paladar, lo cual me hizo escupir. De inmediato asocié aquel hedor con la descomposición de cientos de cadáveres de ranas. Esa fetidez y la consiguiente asociación acrecentaron mi curiosidad por descubrir las actividades de las niñas cuando se escondían detrás de la pared, que del otro lado del solar daba a la calle, y corrí a ocultarme detrás del arbusto. Desde hacía algunos días me había percatado de que cuando íbamos caminando hacia el colegio, en esa romería uniformada pero dividida en grupúsculos (yo siempre iba solo), al llegar al baldío esas dos niñas se escabullían detrás de la pared, que podría ser el último muro en pie de una demolición, o el primero de una construcción truncada, pintado de blanco

de una manera cuidadosa e impecable. Unos instantes después salían al otro lado tomadas de la mano, muy contentas. Yo las observaba desde la esquina sin que ellas lo advirtieran, encapsuladas en su misteriosa complicidad.

Al cabo de unos minutos las vi aparecer en el baldío. Se ubicaron más o menos en el centro de la pared, a unos dos metros de distancia la una de la otra, mirándose de frente. Desde donde me escondía podía verlas de frente con solo mover un poco la cabeza de un lado a otro. Sin mediar palabra se sacaron los calzones por debajo de la falda del uniforme y los dejaron con cuidado sobre la hierba. Se alzaron las faldas hasta el pecho, las sostuvieron con los codos contra los costados (aquello parecía una danza sincronizada) y se acuclillaron separando mucho los muslos, apoyando las manos en las rodillas para equilibrarse. Empezaron a orinar mientras se miraban y se sonreían. En un principio sentí otro salto en el estómago (el segundo de aquella mañana), esta vez de excitación, y tuve una erección incómoda por la forma en que estaba agachado. Después sentí pánico al ver que sus chorros no salían de ningún apéndice externo parecido a una manguera, sino que brotaban del interior de sus cuerpos, pero la erección no cedió. Pensándolo bien, en realidad fueron tres los acontecimientos que me sobresaltaron aquella mañana. El tercero fue la visión de esos cuerpos con un diseño extraño, que destilaban desde sus entrañas esa pestilencia que me había asaltado junto a la pared (en una rara figuración aparecieron en mi mente, en cadena, las ranas muertas, la pestilencia y el orín de las niñas).

Yo creía saberlo todo sobre las mujeres, a mi corta edad había tenido la oportunidad de ver a varias desnudas (a mi mamá saliendo del baño emparamada porque había olvidado la toalla, a mi tía cambiándose de ropa sin saber que me había escondido en el armario de rejilla, a mis primitas saltando en la piscina inflable), pero en aquel momento, viendo a las dos niñas, caí en cuenta de que nunca había visto a una mujer orinar. De hecho, había completado este bache de mi aprendizaje con un sueño: mi tía entraba corriendo al baño, donde yo jugaba con un carro, y orinaba frente a mí, sacándose un pene de entre las ingles, desplegándolo como se hace con la cuchilla de una navaja. Hasta aquella mañana, oculto tras el arbusto en aquel solar, estuve convencido de la existencia de un mecanismo tal en las mujeres. Tal vez ese pánico, que poco a poco devenía en tristeza, se debiera al hecho de sentir cómo los sueños se estrellan contra la realidad. Cuando terminaron, las niñas se enderezaron, dejaron caer las faldas, se pusieron los calzones y continuaron su camino hacia el colegio, tomadas de la mano, sin dejar de sonreír.

En verdad, fueron cuatro los sucesos que me asombraron esa mañana. El cuarto fue más tarde, cuando vi a las dos niñas saltando lazo durante el recreo, felices, cantando un tralenguas para acompañar el juego. En aquel momento ya las veía como una especie de muñecos diabólicos. Este sentimiento se irradiaría a todas las mujeres que he conocido después de mi experiencia en el solar. Con el tiempo, al igual que a los gatos, terminaría por temerles. UC

Letras de molde



por FERNANDO MORA

Ilustración: Mónica Betancourt

A lado del Cafetín espero a un amigo que anda al otro extremo del Jardín Botánico. Mientras asoma, saludo a otros que pasan. Uno me dice que quedó de finalista en un concurso literario, pero que al final le ganó un pelado que está empezando a escribir cuentos. Después del veredicto decidí publicar el libro de su propio bolsillo.

Enseguida se acerca otro que hace tiempo no veía. Me cuenta que tiene una nueva versión de su novela, un repaso por diversos lupanares de Medellín. En uno de ellos el protagonista va a besar a una prego en la boca, pero ella le dice que allí no porque ese sitio está reservado a su novio: es un lugar sagrado. Nuestro autor entiende lo difícil que es vender un libro, se alegraría solo de verlo publicado. Parece que este anhelo no se cura con mirar la cantidad de textos que prueban suerte en los estantes, con pilas de nombres desconocidos; "el alud editorial", lo llamó un profesor que conoció en la escuela de periodismo.

Estos dos escritores no se conocen, y apenas los presento se cruzan números telefónicos y datos sobre posibles editores. Me convidan a un té frío, pero insisto en que debo esperar aquí a alguien que está del otro lado.

Mientras tanto llega un tercer escritor. Hace parte de un movimiento que busca despertar el entusiasmo por la novela negra. Parece que en el Valle de Aburrá hay suficiente material para escribir cientos de estas historias. Aclara que la novela negra no es la policia, pero tampoco la negroide, ni la que escriben los llamados negros literarios. Aunque no es racista, aclara. Por lo visto, entender qué es la novela negra es una trama secreta.

Este novelista atiende partos en una clínica de Envigado, y en la tarde urde crímenes de papel. Luz en la clínica, oscuridad en las páginas. La pluma es otro bisturí. Vendió 800 ejemplares de su última novela, con todo y haberla editado un sello español con un nombre propicio para el tema: Ediciones B. Está satisfecho de haber creado su propio detective, con gabán, aunque sin pipa. El sabueso criollo ya anda muy orondo por este valle, a pesar de que un jurado de novela dijo que los detectives privados ya estaban archivados por inverosímiles. Pero él conoce a varios en persona, se ha encontrado con alguno en el parque, ambos con crímenes sin resolver.

En el corrillo, el mismo novelista les sugiere a los otros dos hacer libros que se vendan para luego buscar el gran arte. Ha escrito un best seller sobre obstetricia que leen con juicio los estudiantes de esta rama. También tiene uno de autosuperación que ojalá supere a Og Mandigano, el de *El vendedor más grande del mundo*. "Recuerden que a la Fiesta del Libro no se va solo a comprar libros", nos dijo su director, y en una conferencia un invitado también dijo que en Colombia había más escritores que lectores.

El autor de la serie negra me muestra a los ejecutivos de su editorial española, que han venido a desafiar estos calores que atentan contra la textura de las flores del Orquideorama.

Muy a propósito, a Laura Restrepo le pareció bello el encuentro de las plantas con los libros, la naturaleza y la cultura de nuevo juntas, como en los tiempos de Lévi-Strauss, aunque Juan Gabriel Vásquez hizo ruido con estas cosas al decir que no valía la pena sacrificar un bosque para editar a gente como Paolo Coello. La frase, por supuesto, no detendrá la

marcha de los fieles paulistas, que se amparan en uno de los derechos del lector: leer lo que se le dé la gana.

Deberían poner a hablar más a los lectores, dijo otra de las plumas del corrillo, como esa vez que vino hasta el general Bonnet a conversar sobre Lisistrata.

¿Será que hay tan poquitos lectores en el país como dice la última encuesta? Le pido a uno de ellos que me la explique: ¿Cómo así que un colombiano lee en promedio 1,9 libros? ¿Quiere decir esto que un lector en Colombia termina un libro y deja el final del otro para verlo por televisión? No hay una sibila que nos resuelva el enigma, y entonces uno de los inéditos propone buscar puesto en el recital de los poetas de agua dulce.

Al final nadie se pone de acuerdo. Comienzan a rondar los jóvenes de logística para anunciar que la fiesta ya terminó. El amigo que esperaba no llegó o se hizo el perdido. Los tres escritores que quieren mojar tinta ya andan en confianza, como viejos cuates, por el milagro del encuentro. Vamos a curiosear a un puesto de la colección Biblioteca de Ayacucho con otras preguntas inocuas como: ¿Es cierto que Chávez compró a Monte Ávila dizque para limpiarla de las

plumas burguesas? ¿Qué más se ha sabido sobre la vida del camarada Bolívar? Y mientras los chamos empacan en cajas sus volúmenes, alguien propone ir a la calle Barranquilla donde un librero que antes hacía hamacas, de las mismas en que dormía el prócer.

En el local nos dicen que el dueño anda perdido en el Congreso Mundial de Haikuistas. ¿De qué hablarán en ese evento? ¿Vendrá algún experto japonés a mostrar el poema más pequeño del mundo en su microscopio? ¿Habrá ronda de haikús eróticos para leer sin kimono? ¿Hay vida más allá del haikú?

De pronto, en medio de la chacota, una vieja amiga me llama desde la trastienda para mostrarme algo que hay enmarcado en la pared. Se trata de un poema que le envió su amor desde el lecho de desahuciado. Está escrito a lápiz sobre una hoja de cuaderno simple. El poeta había sido mi profesor años antes, y era el mismo que hablaba del alud editorial. Varios de sus textos quedaron sin publicar, después del pedido que les hizo a sus hijos: "si yo me muero, no publiquen nada de eso". Al final de sus días lo único que le importó fue estar lejos de las letras de molde. ☺

El poema dice:

Defínete de una vez, y haz caso omiso de mí.
No me tengas en cuenta en adelante
y ni siquiera me recuerdes en las fechas sagradas.
Sácame a empellones de tu vida
y ocupa pronto el lugar
que me correspondía en tu corazón.
Rompe mi retrato
y borra las letras indelebles del amor.
Grita, enajera, difama.
Hazlo todo a la perfección,
pues este es el último homenaje que me rindes.



MAESTRÍA EN HERMENÉUTICA LITERARIA

SNIES 54790

Una aproximación a la lectura e interpretación de textos literarios

ESCUELA DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

INSCRIPCIONES ABIERTAS

Dirigido a: Profesionales de diferentes áreas del conocimiento interesados en forma manifiesta por la literatura. Particularmente a aquellos interesados en adquirir herramientas de lectura provenientes de la teoría y el análisis literario especializado.

Título que otorga: Magíster en Hermenéutica Literaria

Duración: 2 años (4 semestres)

Mayores Informes:

egiral25@eafit.edu.co / pescobar@eafit.edu.co

posgrados@eafit.edu.co

Teléfono: (+574) 261 95 00 ext. 9519 - 9972

www.eafit.edu.co



Resolución número 1690 del 16 de marzo de 2010 del Ministerio de Educación Nacional

MUSEO D ANTIOQUIA

ENTRADA LIBRE **1,2 y 3** ESTRATOS valido hasta diciembre de 2013

UN MUSEO PARA TODA LA CIUDAD

*Ingreso presentando la cuenta de servicios públicos



Nuevo Plan SEAMOS CLARO TODO INCLUIDO

Con las mismas tarifas para planes Iphone, Smartphone y Blackberry

Lo mejor de voz + lo mejor de datos en un plan que te da mucho más...

POR
\$ 57.800
IVA incluido

1.2 GB FULL NAVEGACIÓN

+

135 MINUTOS
PARA HABLAR A TODO DESTINO

2 ELEGIDOS
TODO DESTINO PARA HABLAR GRATIS 300 MINUTOS

+

100 MENSAJES DE TEXTO GRATIS A MOVILES CLARO

ADEMÁS, LLÉVATE TU SMARTPHONE A CUOTAS

Para que puedas llenar tu vida de nuevas experiencias

Lo que quieres es Claro

El prestador de Soluciones Móviles es Comcel S.A. el precio indicado corresponde al plan Seamos Claro TI 135 1.2GB Ab. Incluye IVA del 16% e Imposcsumo del 4%. El plan cuenta con 135 minutos a Todo Destino + 300 Minutos para hablar con los 2 Elegidos. Los Elegidos aplican para hablar gratis los 5 primeros minutos de cada llamada. Aplican condiciones y restricciones. Infórmate en www.claro.com.co

Milord

por DAVID E. GUZMÁN

Ilustración: Elizabeth Builes

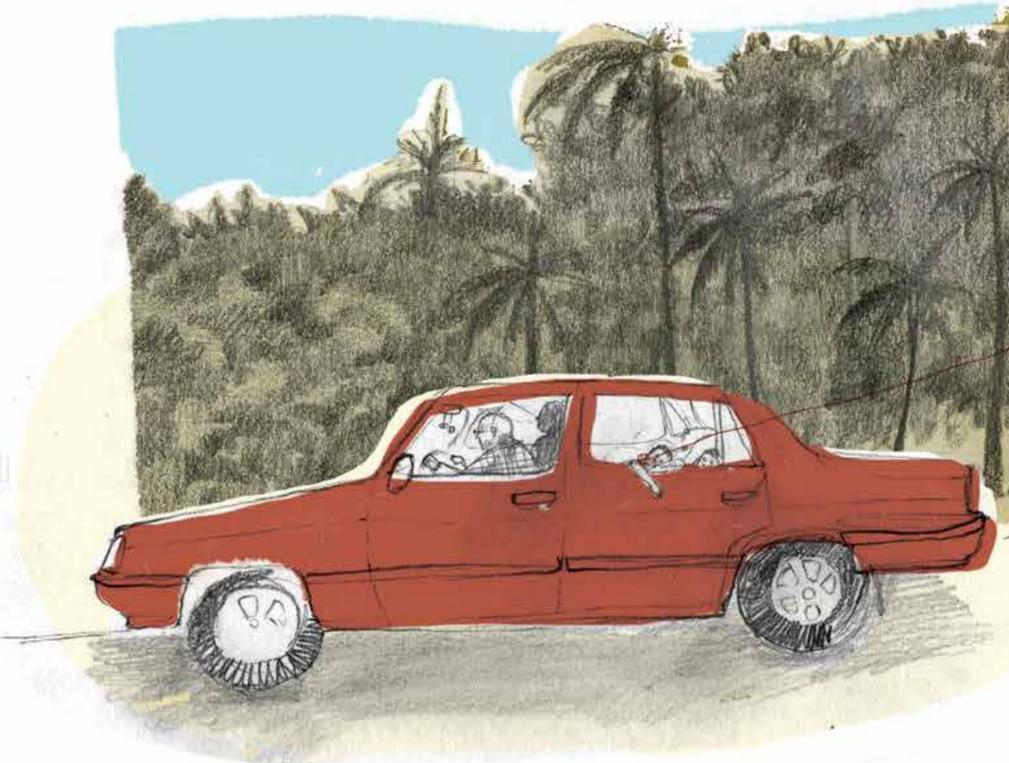
Las invitaciones a la finca del tío Fernando siempre fueron un arma de doble filo. En visperas del viaje, mi mamá, que toda la vida ha sido una alcahueta extrema que poco exige a sus hijos, entraba en acelerado nervioso y empezaba a regañar. La empacada y demás preparativos se hacían en un ambiente tenso donde la cantaleta llegaba al punto de hacernos sentir que no merecíamos el paseo a pesar de habernos portado bien. Viejos traspies escolares o actitudes perezosas como hacer siesta después de llegar del colegio le servían de argumento. Si hubiera sabido que ya teníamos pantaloneta de baño en lugar de calzoncillos, también lo habría utilizado en nuestra contra.

Era común oírle decir dos cosas a mi mamá. Una, cuando derrochábamos algún producto o pedíamos más dinero de la cuenta, que no éramos hijos de un mafioso; y dos, cuando las vacaciones o algún puente se acercaban y el tema familiar salía a flote, que donde el tío Fernando vivían como príncipes. Y al parecer entrar en esa vida, así fuera por un par de días, le generaba estrés y se preocupaba porque sus pequeños vástagos –y quizás ella misma– estuvieran a la altura. En todo caso, la letanía se evaporaba con el timbre del citófono. De la portería de la unidad llamaban para avisar que Jairo Morcilla, el conductor del tío, había llegado.

A veces nos recogía en una van café. Mis amigos de la unidad decían que era la versión paísa de la camioneta de *Los Magníficos*, y se acercaban a los vidrios polarizados haciendo visera con las manos para ver lo que yo denominaba “sofá en U con bar”. También veían una mesita, una nevera y todo el interior del inmueble andante. Otras veces nos recogía en una Ranger roja y gris como la de *Profesión Peligro*. Pero una cosa era lo que decían mis amigos y otra muy distinta lo que comentaban sus madres, que veían subir sendas naves por las callecitas de la unidad para recoger a doña Rocío y sus dos hijos.

No recuerdo en qué carro nos recogieron esa mañana de diciembre de 1987. La noche anterior, mi tía Luceli, esposa de Fernando, le había dicho a mi mamá por teléfono que nos iban a recoger muy temprano, porque Jairo tenía que llevar encargos para el desayuno de las veinte personas que estaban en la finca, desde los abuelos hasta los nietos más pequeños. Ya llevaban varios días allá, y aunque la comida abundaba algunos ingredientes comenzaban a escasear. En La Quesera, llegando a Girardota, fue la única parada. Jairo Morcilla sacó un papelito y leyó: quince quesitos y doce paquetes de pandequesos. También pedimos unos chicles Adams de menta para mi mamá. Todo lo pagó Morcilla, que siempre administraba un fajo de billetes del tío.

En menos de una hora llegamos a la carretera destapada del Totumo, dejando atrás polvaredas que envolvían a los campesinos que iban y venían por un lado del camino. El portón de Villa Clara estaba abierto. La camioneta entró despacio por el empedrado y a lo lejos se veían la casona, los jardines, los árboles,



las canchas desoladas. Todos dormían a esa hora de la mañana. Mientras el carro avanzaba vi por la ventanilla a Milord, el Lassie de la familia, correteando una mariposa por el césped que rodeaba la piscina. Su pelaje blanco y castaño se doraba con los rayos del sol aún débil. Tenía un garbo y era tan elegante al trotar que una tía dijo que parecía un inglés y por eso lo bautizaron Milord. El animal, que había sido un regalo de Fernando a su hijo Juanfer, era una alegría más para la familia.

Milord y el tío Fernando eran los únicos despiertos a esa hora, y por supuesto Juaco el mayordomo y su esposa Enedina, quien recibió los quesitos y los pandequesos para el desayuno. El olor del chocolate era el mismo de siempre, pero era extraño estar tan temprano en la finca: la piscina parecía en obra negra, cubierta por un plástico grueso fijado con cuatro piedras en las esquinas. Si no fuera porque en una de las mesas del corredor había botellas, envolturas de mecató, vasos y copas, se podía pensar que no había paseo en Villa Clara.

Poco a poco la gente fue saliendo de las piezas. Primero los abuelos y los niños, luego las tías y los primos grandes, y al final los camaradas: primos de la misma edad –algunos venidos de Cali y Bogotá que hacía tiempo no veía–, llenos de vitalidad para disfrutar hasta el último recoveco de la hacienda. El hecho de verlos despertar uno a uno, somnolientos y despelucados, aún con los brazos desgonzados, atenuó esa desventaja a la que se somete el que llega tarde a los paseos. Otro gallo habría cantado si los hubiera encontrado despiertos, jugando, con el espíritu en su esplendor; ahí sí hubiera sido comidilla y objeto de su crueldad.

A las diez de la mañana ya todos estaban levantados y desayunados. La piscina lucía provocativa para devorarla a brazadas, zambullirse una y otra vez y jactarse con el sonido del agua. Juaco ya había dispuesto las sillas bronceadoras y había quitado las lonas de cuerina que protegían dos mesas de billar, una de las pocas cosas que conservaba la finca del anterior dueño, junto a un juego de sape que cada vez tenía, curiosamente, más argollas. El empalme con los primos se dio rápido y el día de sol comenzó perfecto. Mi mamá, estresada e intensa en la casa, en la finca era amorosa y protectora, aunque

siempre estaba pendiente de que nos portáramos bien y no hiciéramos daños.

A propósito, ese día noté que el paño de una de las mesas de billar estaba rasgado; el primo Rodrigo lo había roto por tocar massé el día anterior. Pero a mi tío Fernando no le importaban los daños, ni que las piedras que les tirábamos de noche a los sapos amanecieran en el fondo de la piscina –por eso la empezaron a cubrir–, ni que cogiéramos mandarinas ácidas a puñados. Al tío lo que le importaba era que pasáramos bueno, y tener su termo lleno de hielo y whisky desde las once de la mañana. La grasa que comía en forma de chicharrón y choricitos lo mantenía en pie y con ganas de jugar de manos. Mis tías sufrían para que no nos fuera a aporrear muy duro.

Ese día todo iba muy bien. Desde el quiosco, comandado por Fernando con su whisky, los grandes contaban chistes y vigilaban el juego de los chiquitos en los columpios, mientras otros primos chapuceaban en la piscina. Juaco y su esposa terminaban de recoger los restos del asado, y después tenían la orden de ensillar las bestias habituales, que eran un par de yeguas, dos mulas y un táparo llamado La Rosa. La costumbre de los grandes era hacer cabalgatas por los potreros de la finca y recorrer veredas después de que los pequeños diéramos algunas vueltas a cabestro dentro de Villa Clara. También había carneros, vacas, gallinas, conejos, pavos reales y un mico, Martín, otro miembro más de la numerosa familia. Como hacía un año no jugábamos fútbol con los “extranjeros”, los primos armamos un triangular. Los tíos más jóvenes saltaron al gramado en bluyines y engrosaron los equipos de Cali y Bogotá. Yo fui al arco y la bola rodó.

De repente, cuando al fondo se escuchaba el tás tás de las bolas de billar, y más cerca una variedad de carcajadas adultas, uno de los niños gritó. Era el llanto de Juanfer, que estaba sentado en la manga. Fue un momento eterno en el que el niño se enrojeció, mudo, con los ojos rasgados y la boca abierta, seco en llanto. En medio de la confusión se escucharon varias frases. Una tía dijo desde el quiosco: “El perro le tiró al niño, lo mordió!”. Luceli, la mamá, que ya tenía al pequeño de los hombros, dijo entre angustiada e indignada: “¡Le rayó



la carita!”, mientras lo sacudía para que reaccionara. Milord, con la trompa clavada en el piso, iba y venía como enjaulado en campo abierto. Su comportamiento evidenciaba cierta culpa.

Juanfer se estaba demorando para volver en sí, para soltar el aire hecho berrido. Durante ese instante eterno el tío reaccionó: la imagen de su hijo ahogado, aterrorizado, con una herida leve en el cachete, sumada a las frases de mis tías, despertaron sus genes primitivos y lo impulsaron a pararse de su poltrona. ¿Qué pudo pasar por su mente en ese instante en que la ebriedad placentera se convirtió en un caos familiar? ¿Milord, el tal perro inglés, era en realidad un peligro para el niño? Fernando puso su vaso en una mesita, al lado de una diminuta llanta de camión acostada que era su cenicero, lleno de cuscas de Marlboro rojo. Cuando el niño por fin volvió a emitir sonido, Fernando ya había llamado a Juaco con un grito desgarrado, y mis tías, que conocían muy bien las furias del tío, presintieron lo peor. Sin éxito intentaron calmar al pequeño.

Juaco llegó apresurado con la mano en el sombrero y Fernando le dijo que matara a Milord. Que matara a ese hijueputa perro traicionero, insistía todo embombado por el efecto del licor. Y el miedo se apoderó de todos porque hablaba en serio, sobre todo de Joaquín, que temió por su vida cuando quiso hacerlo recapacitar. “Si no lo matás te mato yo hijueputa”. Nadie sabía cómo reaccionar, los más allegados a Fernando trataron de calmarlo, pero la sangre le estaba corriendo muy rápido y muy caliente.

Cuando Joaquín llegó con un rifle, Milord seguía por ahí, confundido, con su trompa alargada y ojos pequeños y redondos. Mi mamá alcanzó a llevarse a mi hermanito y a unos primitos; los dejó encerrados llorando en una pieza. Otros primos mirábamos sin saber qué hacer, y también sollozamos y chillamos cuando Juaco cargó la escopeta y apuntó. El perro se movió despacio,

huía sin querer, volvía noble, y Joaquín equivocaba el tiro a ver si Fernando desistía, pero no. En su borrachera no le perdonaba a Milord que hubiera atacado a Juan Fernando, su único hijo, siete meses y de parto delicado.

Joaquín disparó unos cartuchos rojos que parecían tubos de vitamina C. Dos escopetazos aturdidores mataron a Milord. Y mientras el mismo Juaco fue a enterrarlo a orillas del río, el horror y la tristeza nos invadieron a todos, acurrucados en los rincones de las piezas, espantados. Ese día no volvimos a salir al aire libre, y después de un rato nos pusimos a jugar Hágase Rico. Tiramos los dados hasta la madrugada en medio de un silencio sepulcral, comprando y vendiendo inmuebles sin importar quién ganara, sin ánimos de acumular las mansiones rosadas, sin remilgos para adquirir los tugurios de la zona café.

Al otro día, como si estuviera planeado, casi todas las familias invitadas se organizaron para volver a Medellín. El 24 de diciembre estaba cerca, y a la finca llegaban y salían amigos cercanos, allegados y conocidos todo el tiempo. Mi mamá, mi hermanito y yo nos devolvimos en el Renault de mi primo Rodrigo y su novia. Fernando, que cargó a Juanfer toda la mañana como un escudo, no se refirió a Milord. La tragedia estaba latente y dolía tanto que el mutismo parecía su apéndice. Quizás los grandes no sabían cómo manejar ese trauma que se estaba gestando en la mente de los pequeños. Un trauma muy diferente al de otras veces, cuando dejábamos la finca para regresar al colegio y a la vida en Medellín.

Antes del mediodía salimos por el empedrado, muy despacio porque el carro era bajito. Atrás quedaban la piscina, el quiosco, el sape, los billares, el césped en el que había jugado Milord... El tembleque de las ventanillas y de la carrocería desapareció cuando llegamos a la carretera pavimentada. El viaje de regreso pintaba silencioso, pero con la diplomacia de alguien que es y no es de la familia, la novia de Rodri puso el tema: que en la noche habían dicho que Juanfer le había pisado la cola al perro sin culpa y que el perro por naturaleza había reaccionado, de la misma forma que la naturaleza violenta y alcoholizada de Fernando lo había llevado a dar esa orden ciega. Cuando pasamos La Quesera estábamos otra vez en silencio. Con Milord se fue la fantasía, y esa vida de príncipes nunca se volvió a mencionar en la casa. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

CUBIERTAS

La carátula es el espejo del libro. Un amigo mío los forra, antes de empezar a leerlos. Así los resguarda, pero se priva del espejo.

Hay carátulas malas, torpes, dignas de ser forradas (no sé en cuál categoría incluir la que hizo Horacio Longas para el último libro de Fernando González. El hecho es que este, juzgando que el personaje allí plasmado no representaba lo que él quería, borró la figura; conservó, sí, sobre un fondo negro, la silueta de una cruz, y los hermosos trazos del título hechos a mano. Pero esa es otra historia). Pero las hay muy buenas, o excelentes, y las mejores llegan a ser pequeñas obras de arte. No es un arte puro, porque quien hace una carátula debe cumplir con una norma estética, pero también con lo que hay tras ella. Para que sepamos, de entrada, lo que nos espera. No es asunto fácil. El buen diseñador de carátulas es, a su modo, un crítico literario, una especie de hermeneuta al servicio de la imagen.

Allá por los setenta y ochenta fueron famosos los diseños de Daniel Gil en los libros de Alianza Editorial; todos distintos, todos obedientes al texto, todos cumpliendo ese trabajo en la sombra que debe cumplir el diseñador de cubiertas. Imposible hablar de ellas en esta crónica sin imágenes, pero, valga el ejemplo, las que hizo para *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, o *Madame Bovary*, de Flaubert, son tan exactas y elocuentes que, si eres un lector perezoso, casi te invitan a quedarte con ellas.

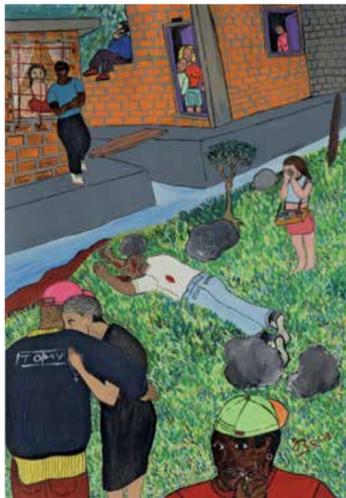
Acabo de leer una novela, *Intemperie* (Seix Barral), ópera prima del extremeño Jesús Carrasco. La pasta es una foto: el perfil de una cabra, inmutable como buen bovino. El fondo es un blanco total, tan inmutable como la cabra. No digo que esa sea la novela, pero no imagino mejor pórtico. Lector, te recomiendo ese libro, duro y bello como los eriales de España. Pero no lo forres.

CODA

La poesía erótica es un campo minado del que pocos poemas logran escapar. A mi modo de ver, éste del portugués Nuno Júdice, que aquí transcribo, puede ser uno de ellos. Usted dirá.

Modelo en el taller del artista

Las telas se amontonan detrás de la mujer que / se desnuda, dejando la ropa encima del banco. / Frente a ella, el pintor interrumpió el cuadro / para tomarle una fotografía; y veo en los / ojos de ella la sorpresa de quien no esperaba el / flash, como si estuviera cansada de ver / su imagen robada, día tras día, / en poses interminables que la obligan / al silencio, bajo los secos gestos de la mano / que comanda el pincel. En el reflejo del espejo, / no obstante, la escena es otra: molduras vacías; / y una cabeza esculpida que apenas se ve, / de ojos tapados por la blusa con que ella / la cubrió, como si quisiera impedirle / verla, mientras se desnuda. ☹



“Los antros de Barbacoas ya no tienen huéspedes”, anuncia el titular de un periódico. En seguida se lee: una cueva de vicio fue desalojada por la policía en el Centro de Medellín, en la calle 55A, entre Bolívar y Palacé. En la portada se ve a un agente en el corredor de una casa desmantelada con paredes ruinosas que exhiben figuras extravagantes en colores vivos: una *barbie* de piel verde en bikini, un cristo martirizado, una mujer desnuda a punto de chupar una verga..., quizá las huellas de un artista perdido en las drogas. La noticia parece la misma de los últimos allanamientos a las ollas de vicio ordenados por la Alcaldía, pero es de una fecha lejana: jueves 19 de junio de 2003.

La cueva se llamaba La Perla, su dueño era Peter y el artista de las paredes tenía el mote de ‘El Pintor’. Contrario a lo imaginado, el pintor no residía en las aceras de la cuadra, como lo hacían más de trecientas personas que tiraban vicio en sus cambuches hasta el amanecer. Había llegado meses antes de vicio y corbata con un maletín lleno de vinilos, y comenzado espontáneamente un mural en uno de los paredones de la calle. Nadie lo conocía. Nadie preguntó si tenía permiso. Ninguno de los “dueños” del sector –los que deciden quién entra y quién sale– lo amenazó. Solo algunos curiosos se preguntaron quién era el extraño de saco que iba todos los días a las dos de la tarde a pintar sobre la pared descascarada. El mural tenía montañas, el Metro, el edificio Coltejer con la frase “Medellín está volando, parece”, y varios personajes del sector: un vendedor ambulante, una prostituta, una escapera, un indigente...

El hombre pasó tantos días en lo suyo que al dar la última pincelada se ganó el apodo de ‘El Pintor’ y un pasaporte tácito para transitar a la hora que quisiera. El viejo Peter le ofreció sellar la bienvenida en las paredes de La Perla. A partir de entonces el extraño de saco abandonó su trabajo en las litografías y se convirtió en JAZ, el pintor que retrata pedazos de la vida en la calle.

JAZ son las iniciales de Jorge Alonso Zapata –bajito, moreno, ojos azules y desorbitados, mirada que sorbe todo lo que ve–. Se levanta todos los días a las seis de la mañana a cuidar de Noemí –hermana de su madre, maestra de escuela pensionada, enferma de alzhéimer–. A las tres de la tarde sale montado en su bicicleta de niño rumbo al taller que tiene alquilado en el Centro. El lugar es pequeño pero facilita la introspección, y JAZ no siente pasar el tiempo cuando pinta hasta las nueve o diez de la noche. Luego regresa. Siempre regresa. En los recorridos aprovecha para captar, como un fotógrafo, los detalles del paisaje nocturno de su próximo boceto.

Peró hoy se ha quedado en casa para recibir una visita. A las tres de la tarde suena el timbre y abre la puerta: —Sigue, sigue, y perdona el desorden.

La casa, en el barrio Belén, es en realidad un apartamento de tres habitaciones, cocina y sala en el que resulta difícil moverse. Las cortinas gruesas apenas dejan pasar la luz del poniente, y desde la entrada es abrumadora la abundancia de objetos: porcelanas, armarios, mesitas, televisores a blanco y negro, un equipo de sonido viejo..., colecciones de cosas que resumen toda la vida de apegos de Noemí.

—Esta es la habitación donde tengo todo mi reblujo.

La habitación está tan abarrotada como el resto de la casa: un par de camas que ocupan dos tercios del espacio, un escritorio, una silla, un clóset y una repisa repleta de vinilos, témperas, acrílicos, acuarelas, pinceles. Las obras terminadas están guardadas en carpetas, los cuadros que aún no ha vendido están en el piso, recostados contra una pared, y los bocetos están apilados debajo del escritorio, encima de la repisa, dentro del clóset... Son tantos que da la sensación de que en los diez años que lleva pintando no hubiera pasado un solo día sin rayar sobre algo.

—Cuando comencé compraba una sola hoja y la partía en dos, en cuatro, en ocho pedazos, y en una sentada dibujaba en todos.

Noemí –robusta, estatura media, ojos diminutos– deja a un lado las novelas de la tarde, apaga el televisor y arrastra sus chanclas hacia la cocina. Luego interrumpe la charla para el algo: arepa, queso y jugo de tomate de árbol. Jorge le ayuda a poner la mesa.

—¿Qué dice Noemí de las pinturas?

—En un cumpleaños la llevé a una exposición que tuve en el Museo Pedro Nel Gómez y me dijo “ay, usted hizo esa cochinada, qué falta de respeto”, y salió enojada.

—¿Y cómo ha sido convivir con ella?

—Ella no se da cuenta de que está enferma, todo se le olvida. A veces está lúcida, otras veces ni come. Hasta hace tres años era muy distinto, no tenía que venir todos los días, pero ahora debo estar para darle las pastillas de las seis de la mañana, las seis y media, las siete, las ocho, y así todo el día hasta que viene una vecina que me ayuda a cuidarla.

Jorge Alonso nació en San Vicente un sábado 18 de septiembre de 1965. Fue el sexto y último hijo de Carmelina Sánchez, ama de casa, y de Manuel Zapata Botero, agricultor. Cuando tenía un año y medio su madre murió en el parto del séptimo –que no nació–, y su padre, un campesino con seis hijos por criar, tuvo que mandar a Hernando, Guillermo, Alvaro, Augusto, Beatriz y Jorge donde los

Las crónicas de JAZ

Sabía que el mundo del arte y el arte eran dos cosas diferentes.
Íos Fernández

por MARIA ISABEL NARANJO

Pinturas de Jorge Alonso Zapata

abuelos. Más adelante el viudo se casó con Clara Montoya, y de esa unión nacieron Teresa, Gloria, Sonia, Gabriel, José y Carlos, a quienes Jorge conoció cuando tenía diez años. A esa edad regresó a la finca de su padre y encontró en un álbum familiar una estampita que guardaría mucho tiempo como un amuleto. Era un regalo de Carmelina a Manuel, una especie de flor dibujada a mano con un mensaje romántico. Cuando la descubrió supo que había heredado de su madre el gusto por el arte.

Del campo recuerda la vida simple y bucólica que atesora en su memoria, pero luego se le vienen imágenes traumáticas: masacres, familiares muertos, situaciones ante las que prefiere guardar silencio. Apenas se le escapa una anécdota remota que fue la idea de un cuadro.

—Mi abuelo fue uno de los cinco alcaldes liberales de San Vicente en la época de la violencia, el resto eran conservadores. Un día salieron los godos a las calles a tirarle piedras y hasta los curas ayudaron. Lo aporrearon tanto que quedó como un idiota.

En la adolescencia JAZ se fue para Santa Marta a vivir con los hermanos mayores. Mientras terminaba el bachillerato asistió a tantas exposiciones de arte que se hizo amigo de varios pintores costños. Esta es la hora en que no sabe por qué no aceptó la invitación que le hicieron en un instituto de artes para estudiar pintura y música.

—Habría aprendido mucho —dice—, hasta el policía que cuidaba el instituto terminó tocando piano.

En la década del ochenta regresó a Medellín. Hizo un año de diseño industrial en la Universidad Pontificia Bolivariana. Se pasó a Bellas Artes y cursó casi todas las materias de Diseño Gráfico, pero también perdió el interés. En esos años se aficionó a los aviones y a los carros y empezó a hacer dibujos en hojitas. Una vez quiso hacer una exposición en Bellas Artes con la colección que tenía, pero a los maestros les pareció que no tenía talento y eso lo desanimó. Prefirió entonces trabajar

por su cuenta en litografías haciendo diseños publicitarios, hasta que consiguió un trabajo en la recién creada Fiscalía, donde probó madera de fotógrafo con chaleco del CTI.

—Muchas ideas de mis cuadros son cosas que me tocó vivir.

Recuerda por ejemplo un viernes de muchos muertos. Una escalada de violencia en la que no tenían tiempo de descargar los cadáveres en el anfiteatro. Iban en un camión con cincuenta muertos de un solo turno, y cerca de la Biblioteca Pública Piloto vieron a dos tipos robarle la bicicleta a otro. El camión se detuvo y se bajaron quince personas armadas a detenerlos. Como no había espacio, los montaron atrás con los muertos.

Otra escena que nunca olvida ocurrió en el barrio Zamora, cuando buscaban junto a la policía el lugar de un homicidio. Caminaron por las lomas empujadas durante media hora hasta que vieron una línea de sangre bajando por una pendiente. La siguieron cuesta arriba hasta dar con un cuerpo blanco, desangrado. Luego midieron el rastro de sangre seca: 54 metros de ahí hacia abajo.

—No aguanté —dice—, me salí a los dos años porque sentía que estaba haciendo el ridículo.

El taller de JAZ es un cuartico de dos por tres metros al fondo de una casa grande y vieja ubicada en la calle 57, cerca de la Catedral Metropolitana. Más que una casa es una monumental obra que su dueña, Abraxas Aguilar —dos veces Guinness Records de collage—, hizo con recortes de revistas que van desde el piso hasta el techo a manera de tapiz. La obra continúa hasta el solar, que está repleto de árboles, maleza, pedazos de baldosa y discos compactos pegados por doquier. Al lado derecho, antes del solar, está el rinconcito de JAZ. Adentro apenas caben dos mesas, una repisa y algunas obras.

Sobre una de las mesas está el cuadro que JAZ no vendería nunca. Dice que es como el hijo más querido, el que más problemas y satisfacciones le ha dado. Se llama *La maja desnuda* en honor a Goya.

—La historia de *La maja* empezó en Barbacoas con un muchacho que me persiguió todo el día tratando de venderme un bastidor que no necesitaba y que además tenía una maja desnuda esbozada. Me jodió tanto que bajé el precio de diez a dos mil pesos, y no tuve otra opción que comprárselo. Me lo llevé para la casa y lo guardé mucho tiempo en el clóset. Hasta que se me ocurrió la idea de otro cuadro: *La maja desnuda* pero diferente, una especie de travesti empelota.

Cuando la travesti salió del clóset para ser exhibida, nadie la quería ver. JAZ la llevó a Ceres, una taberna gay donde vendió sus primeros cuadros, con la idea de ver la reacción de la gente.

—El dueño me dejó colgarla, me fui para el baño y cuando salí me dijo: “Jota, qué pena con usted pero voy a quitar el cuadro porque a los clientes les aterran las travestis”.

Entonces lo llevó a la casa de Alfonso, un amigo del sector, que lo puso en una pared de la sala. Ahí duró media hora: también le hicieron un escándalo.

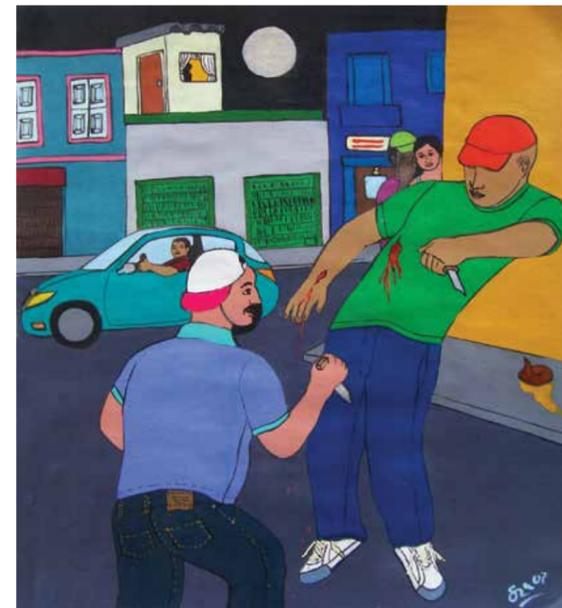
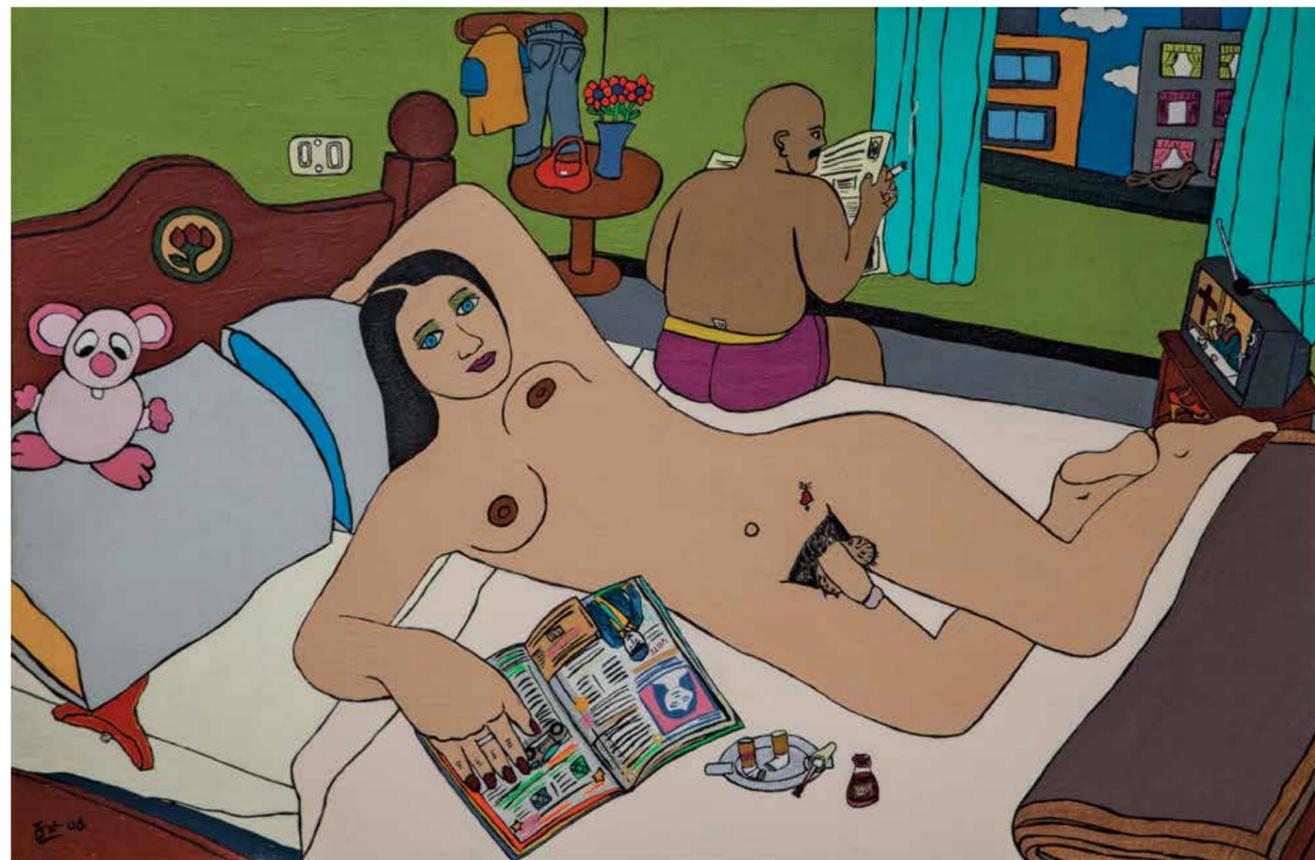
—Por esos días de 2007 salió la convocatoria de la Bienal de Artes Plásticas de Comfenalco y la obra fue seleccionada. En la premiación un periodista de Telemedellín se interesó y me pidió un momento para hacerme una entrevista.

El camarógrafo encendió la cámara y cuando vio el cuadro de fondo dijo que él no grababa eso y se fue. El periodista salió detrás de él sin decir nada.

Lo compuso un comentario que dejó una monjita en el libro de visitas: “Dios lo bendiga por ese arte tan maravilloso”; y otro lo hizo reír: “Su obra refleja la clase de gonorreas que son los antioqueños”. Después apareció la convocatoria *¿El amor cómo va?* de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, donde la maja por fin se dignificó.

—Fue sensacional verla como protagonista de esa exposición, una oportunidad para que la gente dialogara y pensara.

Hoy está guardada otra vez en el clóset.



Al taller entra Teresita Rivera –menudita, frágil, pelo corto y negro–, la única mujer que podría recitar de memoria los títulos de las incalculables obras: *Sin tetas no hay paraíso o pare de sufrir, Favor no orinarse aquí, Fornicatum est peccatum?, Crónicas urbanas, Solo show, Bajo el puente, Sobredosis de kryptonita...* Ella recuerda cada exposición, cada obra, cada personaje, porque ha sido la encargada, a motu proprio, de archivar y documentar cada detalle.

—Confío mucho en el trabajo de él —dice—. Lo veo como un cronista plástico y sé que su obra será una historia de la ciudad muy importante para mirar la economía informal, la supervivencia, todo lo que él refleja.

Recuerda especialmente una exposición de 2008 en el Palacio de la Cultura, cuando JAZ ganó en la categoría Autodidactas del Salón Departamental de Artes Visuales.

—Como no había patrocinio para la difusión, unos amigos publicistas nos regalaron un pendón y cien afiches con la frase: “Obras que se ven en las calles, calles que se ven en una obra”. A falta de plata suficiente para el vino, compramos cincuenta mil pesos de tinto y los repartimos en una carretica. Actuaron Sabas Mandinga y el Parcerero del Popular #8.

Mucha gente de la calle fue a la inauguración, y pareció como si los personajes de las obras se hubieran salido de los cuadros.

Este año el titular volvió a repetirse, como cada año. Barbacoas está sin huéspedes. La calle está sola. A las seis de la tarde JAZ y Teresita atraviesan las rejas con las que la policía tiene cercada la cuadra desde agosto. Saludan al agente de turno que vigila sentado en una silla, debajo de una carpa blanca, y bajan caminando por uno de los andenes.

—En este poste era donde me sentaba a dibujar —dice JAZ, y se detiene al frente de una casa verde—. A veces venía con un grupito, y algunos patos que se hacían alrededor para que no los requisara la policía.

El grupo, que se fue diluyendo con el tiempo, lo conformaban Teresita –gestora de proyectos educativos–, Sabas Mandinga –artista, poeta, dramaturgo–, León –obispo de una comunidad mormona–, Pastor Emilio –político y trabajador social–, y ‘El Gallero’ –sesenta años, dos hijos, treinta años en la calle–.

Jorge toca la puerta de la casa y del interior sale el Cachaco, el mismo que le vendió los tintos de la exposición.

—Deme tres tinticos —dice JAZ, y le da la mano a un viejo amigo que acaba de llegar.

El Gallero –ojos de alcohol, rudo y tierno–, salió al encuentro del pintor con ánimos de conversar con los amigos que no veía hace rato.

—Les voy a contar una historia. ¿Ven los huecos que hay en esa pared del frente? —dice, y pasa la calle para señalar cuatro puntos resanados en un muro rosado– Iban directo hacia mi cabeza y un angelito del cielo me salvó...

JAZ propone dar una vuelta. Hoy quiere pintar algo. Se despide de Teresita y sale a deambular por las calles con el Gallero, en cuya boca sigue el anecdotario de Barbacoas. El pintor va de tenis, pantalón, gorra y buzo de lana –el saco y la corbata ya no le gustan–, y lleva la bicicleta con las manos. Pasan por Bolívar, bajan por La Paz, llegan a Carabobo, dan la vuelta por Los Puentes y suben hasta la Avenida de Greiff.

La multitud de Barbacoas se extiende ahora a ambos lados de esa cuadra. De ahí hacia arriba hay unas trescientas personas, y encima de ellas una nube de humo densa. El Gallero va adelante guiando al pintor y saluda como en una pasarela a la gente agrupada al lado de los tugurios. De pronto reconoce la figura de una anciana que camina entre ellos abrazando a uno, tocándole la cabeza a otro, y le grita:

—¿Qué hace por acá mamita?!

—Acompañando a mi gente en su pena —responde la anciana.

‘La Chila’ –pelo blanco, enjuta– lleva sesenta de sus ochenta años fumando bazuco, pero ahora vive cuidando a los suyos. Cuando se acerca al Gallero lo mira, le da un beso y regresa a acariciarle la frente a otro.

Siguen caminando. El Gallero se retira con un grupo de hombres para explicar, en secreto, su visita. JAZ se adelanta un poco hacia el final de la cuadra, desde donde tiene una mejor perspectiva. Uno de los hombres se le acerca.

—¿Usted qué va a pintar? —pregunta.

—Todavía no lo sé —responde JAZ.

El pintor mira la calle de un lado a otro como si quisiera devorarla. Sus ojos grandes, más abiertos que de costumbre, se fijan en la figura de un hombre negro con una pañoleta turquesa en la cabeza y un trapo rojo en el hombro, un todero de la zona. Se sienta en la acera, abre su morral, saca un bastidor, un carboncillo, y comienza a dibujar el boceto de su próximo cuadro. ☺

Alá en la casa de al lado



por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Raúl Soto

En un tranquilo barrio de Medellín de nombre bíblico, en un sector cuyo nombre recuerda el reino donde terminó el ciclo de la presencia árabe en la península ibérica, tiene lugar un incipiente capítulo de la presencia del islam en el Nuevo Mundo. En tierra de católicos, una pequeña comunidad de 300 musulmanes profesa su devota sumisión a la voluntad de Alá.

Si uno los visita en julio y en los primeros días de agosto parecen concentrados, serios, pero amables y humildes. Las mujeres llevan la cabeza cubierta y usan vestidos largos y anchos llamados hijab, unos negros, otros grises, algunos morados. Llegan en grupos de dos o tres, en taxi o caminando. En el trayecto un paseante desprevenido le habrá pedido a alguna de ellas una bendición, o algún otro, atrevido, le habrá preguntado si es la mujer de Osama Bin Laden; o un taxista le habrá dicho a otra si iba a participar en una obra de teatro.

Los hombres llegan en motos, en carros particulares o a pie. Algunos pocos cubren sus cabezas con una tela a manera de turbante (*kufiyya*) y llevan túnica, pero casi todos parecen simples cristianos. A la mayoría nadie les habrá preguntado nada. Los hombres no tocan a las mujeres, no las saludan de mano ni las besan, y apenas les dirigen la mirada. Ellas se agrupan, se besan y se saludan: “*assalamu aleikum*” (que la paz sea contigo). Ellos se besan, se abrazan y se saludan: “*assalamu aleikum*”. Los grupos conversan entre sí como si fueran los únicos en el universo del barrio.

El lugar de encuentro es una casa de dos pisos en el barrio Belén Granada. En la fachada, encima de la puerta del balcón, hay un aviso que dice Centro Cultural Islámico. El primer piso es un garaje donde se reúnen las mujeres. Las oraciones se rezan en el segundo piso, que todavía parece una casa de familia: la sala da al balcón y a un corredor que conduce a tres habitaciones, un baño,

un comedor, la cocina y el patio. El piso de la sala, el corredor y la cocina está cubierto por un tapete verde decorado con figuras de columnas y arcos.

Dos de las habitaciones, a la derecha del corredor, se usan para reuniones y como albergue para los musulmanes que vienen del extranjero a difundir el islam —este año, una comitiva de musulmanes indonesios pasó con ellos el ramadán—. La habitación de la izquierda es el cuarto de oración de las mujeres, que no se mezclan con los hombres para rezar. En el patio, a nivel del piso, hay una poceta alargada con varias canillas donde los fieles se lavan los pies, las manos y la cara antes de rezar.

A la 1:00 p.m. un joven flaco de barba abundante, vestido con túnica y *kufiyya* blancos, saca la cabeza por el balcón y empieza el canto de llamado a la oración (*adan*): “*allahu akbar, allahu akbar, allahu akbar, allahu akbar* (Dios es grande) / *ashadu an la ilaha illa-llah, ashadu an la ilaha illa-llah* (Doy fe de que no hay más dios que Dios)”. El canto, desgarrado y armonioso a la vez, pone en funcionamiento el engranaje del islam en Medellín.

Los creyentes se apresuran a entrar, se descalzan y dejan los zapatos en una estantería, al lado del balcón; algunos terminan de lavarse en el patio. En la cocina, Nader Shayet, un chef sirio que vive en Medellín hace un cuarto de siglo, le da vuelta a un estofado que tiene en el fogón. Las mujeres en su cuarto y los hombres en la sala y el corredor se van acomodando en filas, como soldados en formación, mirando hacia el oriente —hacia La Meca—. Dejan suficiente espacio entre unos y otros para arrodillarse y apoyar la frente en la alfombra. Ahmed Dazuki, libanés, un comerciante de telas jubilado que llegó al país hace 45 años, acomoda un micrófono frente a su ejército. Es el *imam*, el encargado de dirigir la oración y dar los sermones.

Faltan pocos días para el final del ramadán, el mes que los musulmanes dedican al ayuno. La oración de los viernes es la más importante y la más concurrida. Asisten entre treinta y cuarenta hombres, y entre cinco y diez mujeres. Aunque todavía no saben qué día exactamente celebrarán el final del ayuno (*Eid al-Fitr*), pues depende de las fases de la luna, son conscientes de que si han cumplido con los mandatos del Corán cada día estarán más cerca de Dios.

Desde el balcón a uno le parece que el barrio se cubre de un halo religioso. Al frente hay una edificación de ladrillo, algo morisca, que parece un convento, aunque en realidad es el colegio San Juan Bosco. Un viernes cualquiera un carro lleno de monjas se detiene al frente de la casa. Las religiosas miran a los hombres que hay en la entrada, y una de ellas les dice que no estacionen en la acera y siguen su camino. Otro día, en sentido contrario, pasa un carretillero sin camisa, con costales, cartones y un perro, como un vagabundo en procesión, que mira hacia el balcón y grita: —*Assalamu aleikum!*

Abdul Haq, uno de los fundadores de la comunidad, lo mira, sonríe y levanta la mano. —*Aleikum assalamu!*

Abdul es un negro con cuerpo de atleta antillano y expresión tranquila. Nació en Trinidad y Tobago hace 49 años, en el seno de una familia cristiana, pero hace veintinueve se convirtió al islam. Hace diecinueve años se vino a hacer negocios a Colombia, en Bogotá conoció a su esposa, y hace quince se vinieron para Medellín.

—Mis amigos de Bogotá me decían que aquí no había musulmanes; sin embargo, al ver una ciudad tan próspera lo dudé.

Tardó tres meses en encontrar al primero, por pura casualidad. Era un comerciante libanés que tenía una tienda en El Poblado. Pasaba por ahí y escuchó un acento que le pareció extraño. Le preguntó a una señora si el hombre que hablaba

era europeo, y ella le dijo que era del Líbano. Entonces tuvo un presentimiento.

—Yo sabía que en el Líbano había cristianos, entonces le pregunté a qué religión pertenecía.

—*Alhamdulillah* (gracias a Dios) soy musulmán.

Abdul lloró. Desde su conversión no había dejado de ir a una mezquita por tanto tiempo, y creyó que a través de este hermano musulmán encontraría una. No se imaginaba que en su propia casa se darían los primeros pasos para fundar una comunidad. Intercambiaron teléfonos. Los fines de semana el libanés lo invitaba a una finca en El Retiro donde familiares y conocidos árabes se reunían a compartir y a rezar, pero no había mezquita, ni siquiera una *musala* o casa de oración.

—Aproveché esas reuniones para decirles que teníamos que buscar un sitio para orar, alquilar un garaje, alguna cosa.

Un antioqueño convertido al islam, quien cambió su nombre por Abdul Karim, casado con una de las árabes que iba a la finca, le dijo que lo apoyaba.

Abdul Haq decidió prestar el garaje de su casa en el barrio San Germán, y empezó a orar los viernes al mediodía con su esposa y sus tres hijos. Abdul Karim iba cada semana, y así, *in sha'a Allah* (Dios median-te), se reunían entre diez y quince musulmanes. A partir de entonces, hace catorce años, se establecieron en Medellín las oraciones de los viernes a las 1:00 p.m.

Hoy Abdul Haq tiene su propia empresa de vidrios polarizados, y sueña con tener una agencia de viajes para traer musulmanes a la ciudad. El islam es la religión más numerosa del mundo. Lo practican más de mil 300 millones de personas, y después de los ataques del 11 de septiembre ha tenido un gran auge.

—No todo el mundo cree que somos terroristas. La gente llega porque quiere saber más de lo que dicen los medios de comunicación.

Ahmed Dazuki llegó a Colombia como muchos árabes.



—Porque migrar es nuestra naturaleza, y porque tenía unos parientes acá.

Ahmed es de baja estatura y piel oscura, viste camisa a cuadros, pantalón de dril y zapatos de cuero. En Medellín conoció a su esposa y tuvo a sus cinco hijos. Ella es católica, y en su casa hay libertad de culto. No es común que un hombre musulmán se case con una mujer de otra religión sin que ella se convierta. La mayoría de mujeres musulmanas antioqueñas se convirtieron por vía de sus esposos, jefes indiscutibles del hogar. Que alguno de los miembros de la pareja sea de otra religión es prácticamente imposible en un país musulmán, pero encuentra una rara posibilidad donde sus practicantes son minoría.

Ahmed convive en casa con una tradición diferente, pero su prioridad afuera es mantener viva la llama del islam en tierras del Sagrado Corazón. Además de comerciar con telas, también dio clases de árabe en la Universidad de Antioquia. Hoy dedica gran parte de su tiempo a estudiar el Corán y servir de guía espiritual a sus hermanos musulmanes.

Con tono y paciencia de profesor, en un español pausado y claro, explica que el islam es una de las tres religiones monoteístas.

—Tenemos las mismas raíces del cristianismo y el judaísmo, y el mismo padre, que es Alá. El islam es la tercera y última religión revelada. Para nosotros todas las religiones son musulmanas porque el islam busca la unicidad de Dios. Todas derivan del islam, que quiere decir sumisión a la voluntad de Dios. Islam es paz, disciplina y orden, características de un verdadero musulmán. El Corán es la revelación máxima, la palabra de Dios; es la constitución, el código y la regla del islam. Todos los musulmanes tenemos que seguir lo que *Allah subhanahu wa ta'ala* (Dios alabado y glorificado) nos mandó a decir en el sagrado Corán.

La comunidad de Medellín se formalizó hace nueve años. Aunque la mayoría

son conversos antioqueños, también cobija a sirios, turcos, tunecinos, libaneses, paquistaníes, indios, iraníes, entre otras diecisiete nacionalidades.

—El islam no reconoce fronteras, no tiene nacionalidad. Todos somos iguales. Damos gracias a Dios por la acogida que hemos tenido en Medellín, donde estamos creciendo porque es la religión verdadera de Dios, de la misericordia, de la hermandad. Todos los días llega gente nueva —dice Ahmed.

Ramadán es el nombre del noveno mes del calendario lunar musulmán, dedicado a cumplir el ayuno (*sawn*), el cuarto pilar fundamental del islam. El período de este año se cumplió entre el 9 de julio y el 8 de agosto. Es el mes más especial del año para los musulmanes, durante el cual acumulan bendiciones y preparan cuerpo y espíritu para las dificultades y tentaciones por venir. Está lleno de privaciones, pero también de intensa fe y regocijo.

El ramadán consiste en no comer, no beber, no fumar; cuidar lo que se dice y lo que se oye; no tener relaciones sexuales; y practicar la caridad desde antes de que salga el sol (*fajer*) hasta que se ponga. Iguala a ricos y pobres en el hambre, y fortalece los sentimientos de identidad y pertenencia a una comunidad. Están obligados a ayunar los musulmanes mayores de edad en uso de razón; se exime a niños, dementes, enfermos, ancianos débiles, viajeros y mujeres en período menstrual, embarazadas o en dieta postparto.

En cada país, y según las estaciones, cambia la hora de inicio del ayuno. En Medellín, el ayunante se levanta a las 4:30 a.m. para comer algo y hacer la primera oración del día, y no vuelve a probar bocado hasta las 6:20 p.m. Durante casi catorce horas, *in sha'a Allah*, luchará contra la soberbia, la envidia y los malos pensamientos, controlará las demandas de su ego y evitará las tentaciones de los ojos, la boca y los oídos. Después, sin salirse del cauce piadoso, puede complacer las necesidades y placeres de su humanidad hasta el amanecer del día siguiente.

En la comunidad de Medellín hay musulmanes de nacimiento que se han pasado media vida ayunando, y nuevos conversos que apenas descubren el deleite místico de la abstinencia. Una de las mujeres más experimentadas es Beatriz Higueta, una joven de 28 años que ha vivido y estudiado en Turquía, Egipto y Francia, de donde regresó hace poco. Es bajita, lleva puesto un *hijab* negro egipcio que enmarca su rostro blanco y sus ojos grandes y verdes. Pareciera que su figura estuviera escondida en la oscuridad y un reflector iluminara la transparencia de esos ojos ayunantes.

—Ser musulmana en Colombia no es fácil. Yo decidí ponerme el velo cuando estaba en la Universidad de Antioquia. Era la única entre miles de estudiantes, en un ambiente donde se habla del conocimiento y de la razón como si se tuviera que eliminar lo espiritual. Al taparnos el pelo la gente piensa que tenemos una enfermedad y que somos de cualquier país árabe, pero es una oportunidad de explicar que un musulmán es una persona que practica el islam y no necesariamente es árabe.

Criada en una familia cristiana, conoció el islam después de una crisis de fe, cuando estudiaba una licenciatura. En el islam —cuyo reino sí es de este mundo (*dunial*), a diferencia del de Jesús—, encontró respuestas y decidió convertirse.

—El islam no niega la ciencia y obliga a los musulmanes a buscar el conocimiento —dice.

Al principio, las familias de las mujeres antioqueñas convertidas sufren al ver el camino que han escogido sus hijas. No pueden entender que se tengan que cubrir el pelo, que no puedan mostrar su figura, que aguanten hambre; pero con el tiempo terminan acostumbrándose, y hasta cambian algunas de sus costumbres.



Las mamás se dan cuenta de que sus hijas no se mueren por dejar de comer unas horas, y los papás ven con buenos ojos que se cubran hasta el cuello.

—En mi casa ya no se come cerdo —dice Beatriz—. Y entienden que aguantar hambre y sed es algo secundario. Dejamos de comer y beber para trabajar el ego, esa parte de nosotros que siempre quiere estar satisfecha. El ramadán es paciencia: debilitamos el cuerpo para fortalecer el espíritu. Uno debe cambiar verdaderamente. Este es mi octavo ramadán, y me alegra haber encontrado nuevas hermanas musulmanas muy emocionadas por su primer ayuno.

En el Centro Cultural Islámico todos los días del ramadán Nader cocina para quienes quieran ir a romper el ayuno. Alrededor de las 6:00 p.m. empiezan a llegar algunos creyentes. Se lavan, conversan, miran sus relojes. En la cocina, Nader mueve platos, llena vasos con limonada, revuelve una sopa especiada con curry y picantes. Un hermano pasa repartiendo dátiles. Un olor dulce y aromatizado se esparce por la casa, que ya parece un restaurante árabe. Se oyen conversaciones en árabe, en urdu, en inglés. El joven flaco de barba larga y túnica blanca camina apresurado hacia el balcón. Saca la cabeza y canta: “*allahu akbar...*”. Los musulmanes beben y comen dátiles, hacen una oración y después comen sopa, arroz, carne y ensalada. Algunos lo hacen con la mano, a la manera del profeta Muhammad. Comen con emoción, chupándose los dedos, hasta el último grano de arroz.

El último día del ayuno toda la comunidad se reunió en la casa. La oración empezaba a las 8:00 a.m., y ese jueves 8 de agosto llovió sin parar desde la madrugada. Las mujeres se pusieron sus *hijab* más vistosos y los hombres sus mejores trajes. Cada uno llevaba algo de comer para compartir con sus hermanos de fe. La casa estaba llena. Un frasco de loción pasaba de mano en mano.

A la hora indicada Ahmed inició la ceremonia con un sermón. Agradeció a Alá por haber traído la lluvia y felicitó a los verdaderos musulmanes que habían cumplido con el ayuno. Les dijo que se sentía orgulloso de la comunidad. Habló durante media hora en árabe y en español, y después dirigió la oración colectiva. Los fieles cerraban los ojos y se esforzaban por poner la frente contra la alfombra de la forma más piadosa posible.

Al final, los hombres se abrazaron y se besaron entre ellos y las mujeres hicieron lo mismo, con devoción, celebrando un final y un comienzo. Abrieron sus viandas y compartieron buñuelos bañados en miel, batidos de crema y postres con hojaldre. En la casa hacía calor, se sentía la hermandad de los penitentes victoriosos, había sonrisas y conversaciones animadas. Todos querían probar lo que habían traído sus hermanos. En la calle, bajo la lluvia, el universo del barrio seguía como si fuera un día cualquiera. ☪





Equis expedientes

por ALEJANDRO PELÁEZ

Fotografías por el autor



El ícono de la justicia colombiana es una torre de expedientes amarillos con cabuya. Los despachos judiciales son laberintos de papeles por donde caminan los sustanciadores. En algunas ciudades, hasta en los baños se archivan procesos. Lo curioso, como lo notaba Linn Hambergren –experta internacional en reformas judiciales–, es que en algunas partes de Colombia los expedientes todavía se archivan uno sobre otro, y para encontrar un pleito hay que ser un mago capaz de levantar en el aire el arrume de folios.

En este sentido, la Rama Judicial colombiana es casi neogranadina. En los países desarrollados esta forma de archivar expedientes se dejó de usar hace más de dos siglos, cuando se dieron cuenta de que era más práctico archivar los procesos en estantes horizontales y no en columnas.

El número de folios –entiéndase páginas– varía entre quince y cincuenta mil. La carátula y contracarátula de los papeles de cada juicio varían de tono pastel de acuerdo a una regla inescrutable para los no iniciados. Hay expedientes del tamaño de una biblioteca y otros que no superan el de un catálogo de promociones del Éxito. El papel siempre es oficio, pero cada quien es libre de usar márgenes de diez centímetros y escribir a doble espacio. El ancho de los márgenes está correlacionado con el presupuesto: a mayor espacio para las márgenes, más plata tiene el despacho.

Ninguna administración de la Rama Judicial ha sido capaz de imponer una plantilla homogénea para que todas las providencias sean formalmente iguales; al contrario, hay un mundo inexplorado de tipografías que usan jueces y escribientes en cada una de ellas. El Juzgado Cuarto Administrativo de Cali, por ejemplo, se decidió por la fuente Comic Sans para redactar sus sentencias. La disonancia cognitiva que produce leer la descripción de una masacre en un tipo de letra para tarjetas infantiles es digna de un estudio clínico. A pesar de la audacia tipográfica de algunos, la mayoría de los jueces prefiere adornar sus sentencias con títulos escritos en fuentes barrocas. Entre más se parezca el título de una sentencia a un capitel de columna jónica, mejor. A la justicia siempre le ha gustado la forma y la pompa.

Donde no se ve pompa por ningún lado es en las bodegas que guardan el archivo muerto, el cuerpo de historias que se descompone entre la humedad y el polvo. En Bogotá y en otras capitales de departamento los expedientes están guardados en cajas, y organizados en estantes con mecanismos neumáticos que permiten mover fácilmente las toneladas de papel. Pero en tierra caliente la cosa es diferente.

En las bodegas de ciudades como Quibdó, Villavicencio y Cartagena hay arrumes de expedientes atados en paquetes de cinco o más procesos. No hay cajas. Las hojas amarillas se deterioran por la acción de ratas, cucarachas, pececitos de plata, coleópteros, termitas y decenas de especies de hongos y bacterias. Todas estas plagas se convierten en un riesgo para los humanos que se atreven a fisgonear en las bodegas.

Detrás de esa suciedad está la memoria. La historia del conflicto armado en el oriente se muere en los archivos judiciales de Villavicencio. Lo mismo pasa en Quibdó, Medellín y Mocoa. En los expedientes no hay grandes narrativas ni crónicas que expliquen las causas del conflicto. Hay relatos escuetos y mal escritos, pero tienen la potencia de la voz de quien los cuenta desde las tripas. La jerga judicial y los miles de testimonios que describen la guerra se pudren esperando que los expedientes cumplan el plazo para ser picados o botados al río, o cualquiera que sea el destino de todo ese papel.

Antes de que se los coman las ratas, transcribo literalmente unos apartes de la guerra que se cuenta en el archivo muerto del juzgado de Villavicencio:

Relato del soldado Jiménez:

“Mi teniente, yo escuché algo que se me aproximaba, estaba oscuro, estaba lloviendo bastante, pregunté dos veces quién era y nadie contestó. La sombra seguía acercándose y procedí a disparar. El fusil se me trabó y me replegué cerca del soldado Agudelo que estaba con la ametralladora. Nadie me dijo que iba a salir a realizar sus necesidades, yo no vi salir a nadie de los límites del área de vivac.”

El resultado de las acciones del soldado Jiménez quedó consignado en el informe del inspector de policía de la zona: “Edad 21, soltero y sus demás datos arriba descritos. Posición del cadáver: natural, boca arriba, cabeza al oriente, pies al sur. Impactos de bala en el maxilar inferior central y en cadera producido por arma de guerra. La muerte fue consecuencia directa de shock hipovolémico secundario y heridas por proyectil de arma de fuego de carga única y alta velocidad. Los hallazgos son compatibles con la hipótesis planteada por la autoridad como muerte por heridas de proyectil”. Las historias de combates también se repiten en los expedientes de zonas especiales de orden público. A veces el enfrentamiento es con grupos subversivos, otras con paramilitares y unas pocas veces entre las mismas tropas. Transcribo fragmentos de testimonios de un combate:

[...] Me recosté contra una piedra y cuando comencé la plomacera me asusté y me tiré al piso, no disparé porque los que estaban al lado mío gritaban que éramos propias tropas y al momento sentí el tiro y grité

—¡Me dieron, somos propias tropas! Ahí dejaron de disparar”.

Un cabo primero que patrullaba en la escuadra que abrió fuego contra la contraguerrilla Bengalí 3 en jurisdicción del municipio de Lejanías, Meta, narra lo ocurrido:

“Me percaté de la presencia de unos sujetos y avancé en posición de acurrucado y constaté que estaban armados. Le grité a mi personal:

—¡Ahí están esos hps bandidos!

Organicé la ametralladora a un lado con el puntero y el contrapuntero como base de fuego. Le informé a los soldados que estaban a mi lado que esos hps bandidos estaban ahí. Realizamos la base de fuego tanto de tiro de fusil como de ametralladora durante 5 segundos. Tomamos posición de pie para tener un mejor ángulo y vimos las siluetas tendidas. Di dos pasos y escuche la voz del soldado Restrepo que decía:

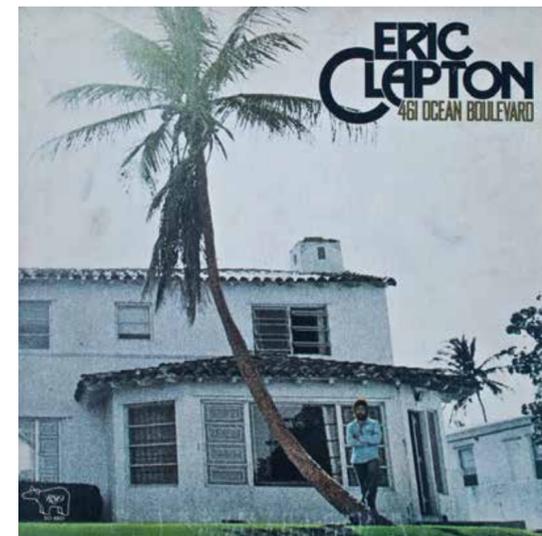
—Bengalí 3, somos Bengalí 3.

No entendía qué estaba pasando hasta que vi los cuerpos ahí tendidos”.

Para terminar el cuadro, el comandante de la Compañía Bengalí, que operaba en el terreno, describió lo sucedido al comandante del Batallón de Infantería número 21:

“A las 23:10 llegaron al punto cuatro caminos los dos contraguerrillas: Bengalí 1, quien venía punteando, y la contraguerrilla Invencible. La primera escuadra confundió a los soldados con terroristas y abrieron fuego contra ellos hasta que escucharon a los soldados de Bengalí 3 que gritaban somos propia tropa. Constatamos que eran soldados de la escuadra de Bengalí 3, con los resultados tan negativos de tres soldados profesionales muertos, un suboficial con heridas leves y otros tres soldados heridos”.

Son miles de novelas que van desde historias de masacres hasta discusiones familiares por una herencia o pataleos para subir la pensión. Ahora que está de moda rescatar la memoria, sería bueno pegarle una mirada a esas torres de expedientes. ☹



I shot the sheriff

por PEDRO VILLA

Al comienzo de los años sesenta Eric Clapton se ganó el apodo de ‘Slow Hand’ debido a un pequeño ritual que comenzó a repetir en sus conciertos: se exigía hasta el punto de reventar las cuerdas de su guitarra y las cambiaba en el escenario mientras el público lo acompañaba con un lento aplauso. Clapton era aclamado en Inglaterra como ‘El Guitarrista’ desde que popularizó la distorsión y el pedal wah-wah, influencia básica del sonido de los guitarristas clásicos del rock. La primera banda calificada por críticos, publicaciones y fanáticos como un “súper grupo” nació en julio de 1966, cuando Clapton –quien venía de tocar con Los Yardbirds– formó Cream junto al bajista Jack Bruce y el baterista Ginger Baker: la crema y nata de los músicos de Londres servida en un mismo LP. La idea inicial del trío era enfocarse en el blues tradicional. Como estudiantes juiciosos del folclore norteamericano mostraron al mundo –y especialmente a los estadounidenses– la riqueza de una música profunda y olvidada. Si no fuera por Eric Clapton y sus amigos no sabríamos quiénes son Robert Johnson o Muddy Waters, ni conoceríamos el fascinante blues eléctrico del Chicago de los años cincuenta; un género del que Ike Turner decía encontrar artistas en las iglesias (músicos gospel) y en los bares (talentosos borrachos). Pero el mundo no solo le debe a Clapton y los suyos esto. Existe otra deuda más grande.

Bob Marley perfeccionó magistralmente lo que se llamó reggae, ese género que se gestó en los años cincuenta, cuando los jamaíquinos, cansados de la monotonía de las emisoras tipo BBC impuestas por sus colonizadores, comenzaron a sintonizar emisoras de Florida y

New Orleans en las que escucharon a los mismos artistas y géneros de los que se nutría Clapton en Londres: folclore norteamericano, jazz y rhythm and blues. Algunos plantean que este último género fue transformado por ellos en el ska jamaíquino de comienzos de los sesenta; un género veloz donde el bajo camina rápidamente y se oyen acentos fuera del ritmo. Ese ritmo acelerado evolucionó en algo más lento que conservó los mismos parámetros del rocksteady, muy popular en la isla entre 1966 y 1968, y que Bob Marley, bajándole un poco más a la velocidad, transformaría en reggae.

Hay que recordar que a pesar de la magia y el encanto que hoy reconocemos en Bob Marley, y de que venía haciendo música de manera profesional por lo menos desde 1963, su figura solo se conoció realmente gracias a que Eric Clapton lanzó en julio de 1974 el álbum *461 Ocean Boulevard*, donde grabó el tema *I Shot the Sheriff*. La canción había sido editada sin mucho éxito ni difusión un año antes por Bob Marley con Los Wailers. La versión de Clapton llegó a ser número uno y le demostró al mundo quién era Bob Marley y qué era el reggae. Una vez más, desentrañaba un tesoro invaluable, lleno de sonido, conciencia y sabiduría. Cuando grabó ese álbum Clapton se sobreponía de un auto exilio de tres años en los que tuvo una fuerte y costosa adicción a la heroína. Durante el proceso conoció la música de Marley por medio del guitarrista George Terry, quien había estado en la grabación de *Burnin'*, el sexto álbum oficial de Marley, que tampoco tuvo mucho éxito comercial. Superada la situación, Clapton grabó en Miami el *461 Ocean Boulevard* y nos puso a volar a todos de nuevo. Le disparó al *sheriff* y dio en el blanco. ☹

lenteja express

Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Japón naturales

Laureles de Jardín, al lado del Calle Talleres, Tel: 5137633
 Centro calle 54 # 45-93 Tel: 513 84 63 80 00
 Páramo, calle 35 # 35-78 Provenza Tel: 513 859 90 90

lentejaexpress.com @lentejaexpress @lentejaexpress
 Encuentranos en facebook, hamburguesa de lenteja vegetariana

DR. GUSTAVO AGUIRRE
 OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
 Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Juan Fernando Herrán
Itinerarios 2.
Impresión inkjet sobre papel Hahnemuhler Fine Art Baryta.
165 x 108 cm
2008.

Un cura no es lo mismo que un padre. Aunque un bautizo a las carreras pueda significar una adopción. Cuando las incubadoras escaseaban el cura Diógenes hizo de padre canguro de Joseph. Había escogido su nombre y le había dado su primera bendición dos semanas atrás. Historia de una familia singular, apostólica y romana.

Diógenes es sacerdote y tiene un hijo. Un milagro los ensambló como la única familia que han conocido. Al menos así lo cree este cura sin parroquia, que no tiene otra explicación para sus vidas, la de él y la de Joseph, dos sobrevivientes de una sociedad intolerante que condena a inocentes. “A veces sueño. Sueño muchas veces con tomates. Entonces pienso que de pronto me monté en un camión que llevaba tomates de Urao para Abastos y resulté allá”. Allí es la calle del Cartucho en Bogotá, esa zona de miseria que durante cuarenta años fue tierra arrasada a solo dos cuadras de la Casa de Nariño, donde niños y adolescentes superaban la existencia a punta de aspirar pegante bóxer y cocinol. Ese es el escenario de los pocos recuerdos que el padre Diógenes tiene de su niñez. “De esos primeros tres años y medio lo que te puedo decir es que era adicto al bóxer. No me acuerdo de marihuana o esas cosas. Sé que aspirábamos bóxer y cocinol. Eso lo trababa a uno, y así aguantábamos el hambre y el frío”, recuerda. “El Paisita”, como le decían cuando llegó a Bogotá, tenía escasos cuatro años cuando emprendió su viaje a ese inframundo en el imaginado camión de tomates desde el puerto de Bolombolo, en el Suroeste antioqueño. Allí lo había dejado una señora a la que le habían pagado para que lo cuidara desde que nació en el municipio vecino de Ciudad Bolívar. “Con el tiempo le dejaron de pagar. La señora era de edad, de demasiada edad. Llena de achaques y enfermedades, me llevó y me dejó ahí, junto al puente. No sé cuántos años tendría yo. De eso me enteré después”.

Lo que sí recuerda son los dos balazos que se ganó cuando tenía seis o siete años y trataba de paliar el frío bogotano debajo del puente de la 26. Ahí lo alcanzó otra realidad nacional, un movimiento de limpieza social autodenominado “Muerte a indigentes”, que por la época, 1978, lo hizo blanco de su política de exterminio. “Esa época difícil cuando mataban a los indigentes porque estaban proliferando”, explica con tono diáfano, como si no estuviera hablando de su propia sentencia a muerte, de la que lo salvó el Dios que aún no había encontrado. La misma locura de muerte que le arrebató la familia a Joseph en el Urabá antioqueño en 2005 y lo empujó, literalmente, a los brazos del padre Diógenes. Durante tres meses el sacerdote tuvo a Joseph enfermo y débil entre sus brazos, aferrado a su pecho y a la vida. “Cangurearlo”, dice, era la única posibilidad para que ese bebé, de menos de dos meses, con hipotermia, sobreviviera; no podían dejarlo en una incubadora que otros con más esperanza de vida necesitaban. Eso le explicaron en el Hospital San Vicente de Paúl cuando fue convocado de emergencia para que lo bautizara y el bebé no muriera como NN. Joseph era huérfano de una masacre, y además sufría de leucemia linfocítica aguda congénita. En el 2005 hubo una matanza en Urabá en la que los paramilitares asesinaron a 39 miembros de una familia. Solo un bebé sobrevivió, explica. El padre prefiere no entrar en detalles sobre su hallazgo, “porque es parte de la historia de mi hijo y de las circunstancias que debo callar por su seguridad”. Lo que sí detalla es que el Ejército encontró al

niño y lo trajo al San Vicente de Paúl cuando le faltaban seis o siete días para cumplir los dos meses. “Llegué alrededor de las nueve de la noche en una moto desde Guarne. Cuando fui a bautizarlo había unos señores de Bienestar Familiar y me dijeron: ‘padre, el niño ya se va a morir, no queremos que quede como NN, póngale un nombre y unos apellidos’. Le puse Joseph, que significa ‘Dios proveerá’; yo siempre he admirado a San José”. En medio del crudo relato el padre Diógenes se permite un chiste religioso: “San José es el santo más noble y justo, es el único que ha levantado a los hijos de los demás y no ha chistado para nada”, y ríe con ganas. Sigue explicando la razón del nombre, y con entusiasmo casi infantil dice que además también le gustaba por Joseph Blatter, el presidente de la FIFA. Aun en la urgencia, sucumbió a esa costumbre tan colombiana de rendir homenaje a los ídolos: “me fascinaba Michael Joseph Jackson, me encantaba Karol Józef Wojtyła, y de casualidad el papa era Joseph Ratzinger”. Así que lo bautizó Joseph, le puso sus propios apellidos, y sin intención lo convirtió legalmente en su hijo. Cuando regresó al día siguiente Joseph había sobrevivido, seguía en estado crítico y lo iban a sacar de la incubadora de cualquier manera. Decidió entonces darle una oportunidad de vida y se lo llevó a la fundación que dirigía en ese momento, dedicada a ofrecerle un hogar de paso a niños con leucemia. “Me lo dejaron llevar porque se iba a morir. Lo tuve tres meses en el pecho. Además hubo una persona muy especial que tuvo un bebé al que nunca le gustó la leche materna, y toda la disfrutó Joseph”. Sin querer el sacerdote repetía su propia historia. Casi treinta años atrás, otro sacerdote, el jesuita Bernardo Díez, le dio al Paisita del Cartucho la posibilidad de dejar ese mundo de hambre y miseria, y se convirtió en la única figura paterna que Diógenes conoció. El Paisita, que debía tener siete u ocho años y llevaba más de tres en la calle, fue recogido por la policía en una de sus típicas batidas. Lo llevaron a una estación, “no recuerdo bien si era la cuarta o la quinta, una que quedaba al pie de Monserrate. Nos pusieron debajo de esos chorros de agua, nos bañaron con jabón Rey y nos motilaron. Yo estaba muerto de frío tomándome un chocolate caliente cuando él apareció”. El Paisita no sabía su propio nombre, no tenía idea de cómo había llegado a Bogotá ni de dónde era, pero tenía claro que no quería seguir viviendo en la calle. “Nos dijo que si queríamos tener una casa, alguna comodidad. Y yo pienso que cuando no naces para estar en la calle, no estás en la calle. ¿Si me entiendes? Y yo no quería estar en la calle, me fui con él”. El padre Díez no solo le dio techo y comida en un orfanato manejado por monjas, sino que también le devolvió su identidad. Pero Diógenes no recuerda con alegría a las religiosas: “son las personas más horribles del mundo. Son las comunidades que más dinero tienen y las que más te humillan. Y allí era humillación tras humillación tras humillación”. Comenzó a decirle papá a Díez, el hombre que, como él mismo haría años después con

Un milagro para Diógenes

por DORIS BUSTAMANTE

Fotografías: Juan Fernando Ospina y archivo familiar



Joseph, le dio un nombre y una historia. Y por él, dice, soportó el maltrato: “yo no quería volver a la calle”. A través de sus huellas digitales el jesuita averiguó los registros de ese niño que apareció abandonado al lado de un puente en Bolombolo. Así supo que fue hijo ilegítimo de dos personas provenientes de familias muy ricas. “En el 71 mi mamá era una mujer casada que se encontró con un hombre casado, y de esa relación resultó en embarazo; ese fue el problema más horrible en Envigado”. Cuando pudo reconstruir su historia y su condición de sacerdote le abrió las puertas para revisar archivos y hablar con gente clave, supo que a su mamá la habían mandado a Ciudad Bolívar. “Allí nací, y le pagaban a una señora para que me tuviera porque mi mamá nunca estuvo en embarazo”, se le podía dañar el matrimonio; aunque después se le dañó igual”, relata con una sonrisa un tanto amarga. Su nombre y sus apellidos, dice, son los que estaban en el registro que encontraron en Ciudad Bolívar, y resultaron ser los de sus padres verdaderos. El padre Diógenes no se lo explica, pero tampoco demuestra curiosidad por develar el misterio, como si su historia quedara saldada con el consuelo que le dejó, años después, saber que su madre lamentó siempre su pérdida porque había sido obligada a abandonarlo. Con el apoyo y el aval del padre Díez, el jovencito Diógenes estudió. Vivió una adolescencia difícil en el barrio Las Cruces, pero como quería estudiar, aguantó y terminó el bachillerato. Quiso ser médico, se ganó una beca para estudiar ingeniería industrial, pero su precaria situación lo llevó a decidirse por el seminario. Su único capital era el apoyo de “su papá”, y aunque en ese momento no sentía vocación sacerdotal, esa fue la única respuesta que encontró a la pregunta: “¿Cuál es el lugar en donde te dan estudio, te ayudan y te dan comida?”. Aunque la calle había quedado atrás, sus secuelas lo siguieron. Secuelas sociales como el estigma de su procedencia; secuelas físicas como la leucemia linfocítica crónica que le descubrieron cuando ya ejercía como sacerdote; y secuelas en su carácter, pues su falta de sumisión hizo que lo expulsaran de cuatro seminarios y que su ordenación hubiera sido casi un milagro. “Papá me avala para ingresar en los seminarios, pero cometía un error y era que siempre contaba mi historia, mi procedencia”, explica. Así que al aspirante a sacerdote que solo quería estudiar filosofía lo ponían siempre a hacer los peores trabajos. “Como eres de la calle, tienes que trabajar más duro. Hay que domar el espíritu”, le replicaban cuando se quejaba. Y entonces mandaba a sus superiores a domar a sus respectivas madres. El padre Diógenes sonríe cuando lo recuerda, como quien rememora una acción épica. En el último claustro en el que estuvo llegó a golpear a su director, un reconocido arzobispo cuyo nombre prefiere mantener en reserva, no tanto para protegerlo como para no seguir sufriendo la marginación a la que lo condenó tras haberle puesto los dos ojos morados. “Recuerdo que papá me llevó a otro seminario, me presenté al rector, le dije lo mismo que decía siempre. El rector me acogió con mucho cariño, fue una persona espectacular durante dos o tres meses, me daba ropa, y algún día se me metió al cuarto y quiso abusar de mí. En el forcejeo y en la pelea le puse los ojos negros, le saqué una tabla a la cama y le di una ‘maderiada’. Al otro día hubo consejo en el seminario, y me expulsaron porque el rector era una persona idónea y yo un muchacho mentiroso que venía de la calle con muchos problemas”. El padre Díez nunca le creyó pero tampoco lo juzgó, y siguió respaldándolo aunque las puertas del sacerdocio parecían cerrarsele cada vez más, al menos en Colombia. En medio de su periplo el joven Diógenes había visto la luz de su vocación y decidido que sí quería ser sacerdote. “Cuando todavía estaba estudiando filosofía hubo un momento que llamamos el toque de Dios. Con los ojos abiertos, a las ocho de la noche de un martes, en un lugar donde me estaba escapando cuando iba para un seminario, una mujer muy hermosa me habló, me dijo que siguiera adelante, que quería verme como su sacerdote. Al principio no entendí quién era, pero siempre fui devoto de María Auxiliadora y sé que fue ella la que me habló. Me dijo que iba a tener muchos tropiezos. Fue extraño. Era una mujer que no se movía en medio de ese aguacero, con una luz muy hermosa, divina. Y me dijo ‘sigue adelante no te desespere’”.

Sintiéndose renovado, siguió peleando. Vagó por algunos países vecinos en busca de seminarios que lo aceptaran, hasta que se topó con un sacerdote puertorriqueño, Héctor Alejandro Rey González, quien aceptó ordenarlo. Finalmente lo hizo en 1994, consiguió su primer empleo como cura y fue enviado a Venezuela. “Algo tenía que tener después de años de aguantar hambre y tantas cosas”, dice sin asomo de autocompasión. En el país vecino recogería la herencia de su vida en la calle y comenzaría a transitar el camino que lo uniría a Joseph, pues allí le diagnosticaron leucemia linfocítica crónica. Como quien relata una vida ajena, el padre cuenta que con una dispensa pero sin dinero, “porque la diócesis a la que pertenecía era muy humilde”, viajó a Medellín para “ver que podía hacer”. Después de tantos años, y sin el “amigo obispo” en la ciudad, logró que un cura amigo le ayudara a acceder a la seguridad social y a las quimioterapias que necesitaba, a través de la incardinación, una figura del derecho canónico que permite que un sacerdote ordenado en una iglesia pase a servir a otra. En 1999 el tratamiento dio sus frutos, la leucemia desapareció y pudo volver al ejercicio pleno del sacerdocio. Lo destinaron entonces al municipio de Peque, al occidente de Antioquia, como párroco y misionero. Pero su destino ya había sido marcado en Venezuela. Volvió a Medellín y logró que en el municipio de Guarne le adjudicaran una casa en comodato, con el fin de instalar un hogar de paso para niños de bajos recursos con leucemia que necesitaran viajar para su tratamiento y no tuvieran dónde quedarse. Allí mismo hizo su capilla y se dedicó a la obra. “Les dábamos comida, dormida y ropa. Casi me volví abogado porque nos la pasábamos poniendo tutelas”. Hasta que en 2005 “recibí el regalo de mi vida. Mucha gente dice que fue la piedra en el zapato, pero fue el regalo de mi vida”. Sonríe pleno al regresar a la historia de Joseph, su hijo, quien ahora tiene ocho años, está en tercero y disfruta tanto como su padre de los disfraces de Superman, Batman y el Enmascarado de Plata. “Como yo nunca tuve la oportunidad me paso disfrazándolo y yo también lo hago”, dice mientras exhibe cientos de fotos compartidas que guarda en riguroso orden cronológico. Después de adoptar a Joseph mantuvo el hogar en Guarne cinco años más, hasta que aparecieron denuncias ante Bienestar Familiar e incluso acusaciones judiciales que lo señalaban de falso sacerdote. El tiro de gracia fueron las amenazas que comenzaron a llegar para que desocupara la casa, a pesar de que la concesión en comodato había sido renovada. “Yo no temía por mí, pero cuando vos tenés un hijo las cosas cambian. Ya me daba miedo que me pasara algo y el niño...”. Así que se acabó el hogar y con él la posibilidad de ejercer con libertad su sacerdocio. El padre Diógenes vive ahora de consultas, asesorías de familia, oraciones de sanación, misas y ceremonias religiosas que tienen que ser registradas por sacerdotes amigos porque a él no se le permite. No cobra por ello y sus ingresos dependen de la buena voluntad de quienes reciben sus servicios. Sabe que no puede cobrar porque para eso necesita el permiso de la diócesis, “pero como no me acogen, ¿a quién le pido permiso? Yo le pido permiso a Dios. Lucho por mi niño. Nunca me volvieron a llamar para celebrar misa en las parroquias, no me dejan. De acuerdo al derecho canónico soy un sacerdote válido pero no lícito. Pero yo soy sacerdote adonde vaya, tengo los papeles”, dice, y no puede disimular el dolor al señalar varios diplomas enmarcados en una pared que registran tanto su ordenación como el título de psicólogo que obtuvo después. El Paisita no quiere darle el gusto de echarlo. “¿Quién me puede quitar a mí el derecho a ser sacerdote? Nadie. Creo en lo que hago, amo el sacerdocio y quisiera poder hablar con el papa Francisco para algún día tener un permiso y que no me molesten la vida. Yo no pido que me asignen una parroquia. Una parroquia me limitaría para seguir ayudando como lo hago”. ¿Y la leucemia de Joseph? La pregunta sobre su hijo le devuelve la sonrisa amplia de otros momentos. “El niño se curó, está muy bien. Hace tres meses se hizo los últimos exámenes y no aparece nada, solamente plaquetas bajas. Su cuerpo no asimila el hierro, por eso hay que ponerle la inyección de Complejo B. Es lo único. ¿Cómo te explico yo que es un milagro...?”. ☪



A veces, con un simple movimiento, un lustrabotas puede cambiar el mundo. O un pedacito. Un parque, por ejemplo. Este, la Plazuela San Ignacio, de ningún modo sería el mismo sin la jugada que a finales de los noventa ejecutó un “embellecedor de calzados” llamado Jairo, quien un día, para aliviar un poco el tedio de los ratos muertos, decidió llevar un ajedrez a su puesto de trabajo.

Quienes lo conocieron aseguran que era un apasionado del deporte en el que menos suda un hombre, y que desde entonces “se mantenía así, jugando y embolando”.

Según relatan algunos de los continuadores de su obra, su fiebre ajedrecística se contagió de tablero en tablero. Y si a los pocos días de haber llegado con el primero se vio obligado a traer otro para dar abasto a la demanda, meses después fueron cerca de diez los pequeños escenarios deportivos a su cargo. Decidió entonces alquilarlos por unos pesos a quienes quisieran pasar el rato entrenando las neuronas con 64 casillas y 32 figuras, bajo la sombra de palmeras y árboles.

Jairo ya no está. Fuentes cercanas aseguran que su mujer, vendedora de minutos en la plazuela, decidió no entregar más dinero a ciertos hombres de mal carácter y pólvara fácil, y hace un par de años “les tocó perderse”.

Pero su legado sigue vivo. La Plazuela San Ignacio —antejardín de algunos de los edificios mejor conservados del Centro de Medellín— es la sede de un informal club de ajedrez al aire libre desde hace quince años. Un club excéntrico y a la intemperie, casi tático, pero club al fin y al cabo. En lugar de mesas tiene los bordes de las jardineras, mesa y silla al mismo tiempo. En vez de directivos y afiliados, tiene fieles y obsesivos. Y a falta de vitrinas con medallas y trofeos, hay memorables maratones de ajedrez y triunfos en torneos metropolitanos. No tienen ni siquiera un nombre... Pero tienen la plazuela, que para efectos prácticos es toda una sede, y se tienen a ellos mismos y a quien se quiera sumar. Y eso parece suficiente.

Hoy es viernes y hace un rato pasaron las ocho de la noche. Hay ruido de motores y pitos en Ayacucho y Pichincha, las dos calles que flanquean la plazuela por sus costados más angostos. Oficinistas, estudiantes y trabajadores atraviesan el parque donde, como en islotes, flota el club.

De las once jardineras que tiene la plazuela, los jugadores suelen tomarse las cuatro o cinco del lado sur. También acostumbran hilar un juego tras otro, sin pausa, como quien prende el siguiente cigarrillo con el que se está terminando de fumar.

Hay silenciosos y habladores. Los que comentan cada movimiento o no pierden la oportunidad de hacer un chiste, y a quienes nada saca de su trance ajedrecero.

Algunos dúos juegan aislados, pero la mayoría conforman pequeños grupos de dos o tres tableros con sus respectivos espectadores, por lo general contendientes en espera de un turno. Últimamente estas aglomeraciones son llamadas por ellos mismos “marraneras” o “chiqueros”.

En la jerga de la calle, el “marrano” es el novato, la presa fácil: jamón tierno para los viejos zorros. Por eso gozan fastidiando así a sus rivales, atizándolos para que demuestren de qué están hechos o para menzuarles la moral. Y cada marranera tiene sus capos y sus primíparos.

—¿Qué sería de mí sin mis marranitos! —dice Edison, que se autodenomina “emperador” de sus dominios y trata de “pupilos” a algunos de sus habituales. —¿Sabe cuál es la historia de este man?

La Plazuela San Ignacio es el foro del centro de Medellín donde más se piensa. Donde las emboscadas son más intensas y más inofensivas. Las movidas son silenciosas y todo el prestigio se juega mirando al tablero. Una historia del libro con parques del centro de Medellín que se publicará en noviembre próximo.

Un proyecto de la Secretaría de Cultura de Medellín y Universo Centro.



UN CLUB A LA INTEMPERIE

por JUAN MIGUEL VILLEGAS

Fotografías: Juan Fernando Ospina

—interviene Carlos— Él dice que es un “emperador” del ajedrez, pero nosotros le decimos “reciclador”.

Según él, Edison recoge a quienes expulsan de otros chiqueros “por marranos”.

—Les gana a todos y por la noche llega adonde su mujer: “¡Amor, le gané a diez, voy pa campeón!”.

El aludido, que lo ha escuchado todo, afirma: “puras calumnias de la oposición”.

A este club que para muchos ni siquiera es tal llegan “trabajadores, loquitos, payasos y gente muy tesa”. Vienen de todo Medellín y de municipios cercanos, y “hasta de Australia hubo un jugador, Steven, pero no volvió”. Cuando hablan de quienes han pasado por aquí, enumeran concejales, científicos, líderes indígenas, gerentes, sargentos de policía... Entre sus miembros frecuentes hay invidentes como Jorge, que “con las manos

arma el ajedrez en su cabeza, palpando las fichas”, y mudos que cuando ganan emiten fonemas de alegría.

Sacan pecho contando que les han ganado a campeones de “La Liga” en simultáneas de ajedrez. Que han devuelto con el rabo entre las patas a jugadores “élite”. Que algunos han venido “encubiertos” y cuando los descubren se van y no vuelven. Y que otros llegan con ganas de apostar “entonces uno los asienta”. “Y así y todo hay gente que se atreve a decir que aquí no hay nivel!”.

Aunque se recuerdan apuestas de hasta 200 mil pesos, en la rutina, cuando las hay, suelen ser de mil o dos mil. Ha habido quienes apuestan el tablero, el reloj, el celular. “Pero lo mejor es jugar sin apostar”. Los tableros “profesionales” son de lona delgada, enrollables, con casillas bien estampadas, verdes y blancas. Las

columnas van marcadas del 1 al 8, y las filas de la A a la H. Los que no cumplen estos requisitos se consideran chiviados o de segunda clase.

Se juega todos los días, desde la mitad de la mañana hasta pasada la media noche, según el tiempo disponible, los ánimos o el clima. Los domingos y festivos no faltan dos o tres tableros, y entre semana puede haber diez, quince o más. Hasta hace algunos meses la policía expulsaba a todo el mundo del parque a las diez u once de la noche, pero ahora dejan tranquilos a los ajedrecistas y varios miembros de la fuerza pública juegan cuando están en vacaciones o en días de descanso.

Lo que más los enorgullece son las maratones que han jugado algunos de sus miembros. “Una vez hubo un récord que ojalá hubiéramos filmado. Estuvieron



tres días seguidos sin parar, a punta de tinto y cigarrillo”. “Eso pasaba uno pal trabajo y ellos ahí”.

“Eso fue viernes, sábado y domingo”, precisa Benjamín Gil, “Mincho”, uno de los titanes implicados. Tiene 52 años y vive con su madre, a quien aún le avisa cuando se va a quedar hasta tarde. “Es que a uno se le va el sueño cuando está jugando. El ajedrez es como... un estimulante”. Dicen que es “el que abre y cierra el parque”, “el que maneja las llaves de esto acá”.

Oswaldo López también hizo parte del récord, y declara con tranquilidad no haber dormido esos tres días. Ingeniero civil y ex campeón de ajedrez del Oriente antioqueño, recuerda que cuando le llegaba el hambre mandaba a traer “unos frijoles que venden allí cerquita” y se los comía “al pie del tablero, sin parar de jugar”.

“No es algo planeado, eso se va yendo”. Son cadenas de revanchas que de pronto son tres días. “Se puede con más, pero ya es demasiado”, dice Oswaldo, autor de una temible jugada con sello propio: “La Osvaldiña”, que consiste en enviar al frente una carnada tentadora para un peón rival —un caballo, un alfil o una torre, según el contrincante—

para “romperle el juego” al otro cuando está muy encerrado.

A veces organizan sus propios torneos. Como los que monta Juan Diego, un bailarín profesional de 34 años que de niño tenía dos pasiones: el baile y el ajedrez. “Pero tuve que decidirme por uno de los dos”, se lamenta, y cuenta que una noche, hace seis años, después de una presentación de tango en el bar Homero Manzi, se topó con el club y desde entonces no ha dejado de visitarlo. “Si uno no viene baja de nivel”.

Los desvela el juego, experimentan su propia versión del síndrome de abstinencia y le dedican todo el tiempo que pueden. “Es que aquí se pasa muy bueno. Cómo va a ser mejor ir a beberse la plática que sentarse aquí a que se le olviden a uno todos los problemas”, dice Mincho. “Aquí la mayoría son muy sanos”. “Los que beben, no beben jugando, o si mucho un traguito o dos”. “No se puede jugar bebiendo”.

“El ajedrecista de verdad no tiene novia, no tiene esposa, no tiene hijos”, asevera Oswaldo. O es “muy descuidado con la familia, con la mujer. Pero no bebedor ni degenerado”.



“Le voy a contar una infidencia: cuando mi mujer me dice ‘veámonos hoy’, a mí hasta me da pereza. Y si nos vemos, soy mirando el reloj porque no veo la hora de volver a jugar”, revela Edison.

“La novia del ajedrecista es Caissa, la diosa de los jugadores de ajedrez”. Lo dice Bibian, un electricista de 48 años, actual campeón de Ajedrez al Parque en Medellín, capaz de discurrir durante horas sobre el papel de los bancos en la Segunda Guerra Mundial o el significado esotérico de cada una de las piezas del juego.

Por estos días no se ven mujeres ante un tablero. Pero las ha habido. Hace poco estuvo viniendo “una niña de la

Universidad Nacional”. “Bonita. Se defendía. Pero tal vez se aburría porque todo el mundo quería jugar con ella”. Lo cierto es que el ambiente las espanta, reconocen. Los alcohólicos que rondan, el ambiente callejero. “Es que uno aquí pierde puntos”, dice Oswaldo, a quien alguna vez su mamá le hizo un escándalo en el parque: “¡No te quiero ver aquí!”, le gritó. “Mamá, ¿pero qué estoy haciendo de malo?”, le respondió él. Y aquí sigue todavía.

Sueñan con tener un club bien presentado. “Ojalá nos organizaran esto con mesas, que lo pusieran bien bueno y erradicaran las ratas de las jardineras”. Ese día no parece estar cerca. Y por ahora seguirán jugando de medio lado, obligados a intercambiar puestos frente al tablero para descansar caderas y cintura después de varias rondas.

Esto es lo que tienen. “Nos conocemos entre nosotros y hay una camaradería muy grande, y esa es la principal característica de un club”, reflexiona Gilberto Tamayo, un conocedor de la historia del juego, con nombres propios, fechas y partidas memorables. “Tenemos una afición casi enfermiza, muy desmedida por el juego. Y casi todos, como personas, diez puntos”. Las reglas aquí son tácitas, explica, pero si de escribirlas se tratara, serían “las mismas del ajedrez: compostura cuando se juega y un respeto profundo por el adversario”.

Por eso huyen como de una plaga de los malos perdedores. Esos que cuando no ganan “se vuelven enemigos”, se descomponen, insultan. Porque si no es para ser amigos no vale la pena sentarse.

A veces llueve, como ahora, y la tropa se dispersa. Algunos se van y no vuelven. Pero otros simplemente cruzan la calle, se sientan bajo cualquier alero y siguen en lo que iban. Tal vez un juego más. O, si las cosas se van dando, el principio de otra maratón. ☘

parque **explora**

PLANETARIO DE MEDELLÍN

LLUEVEN DIAMANTES en Urano y en Neptuno

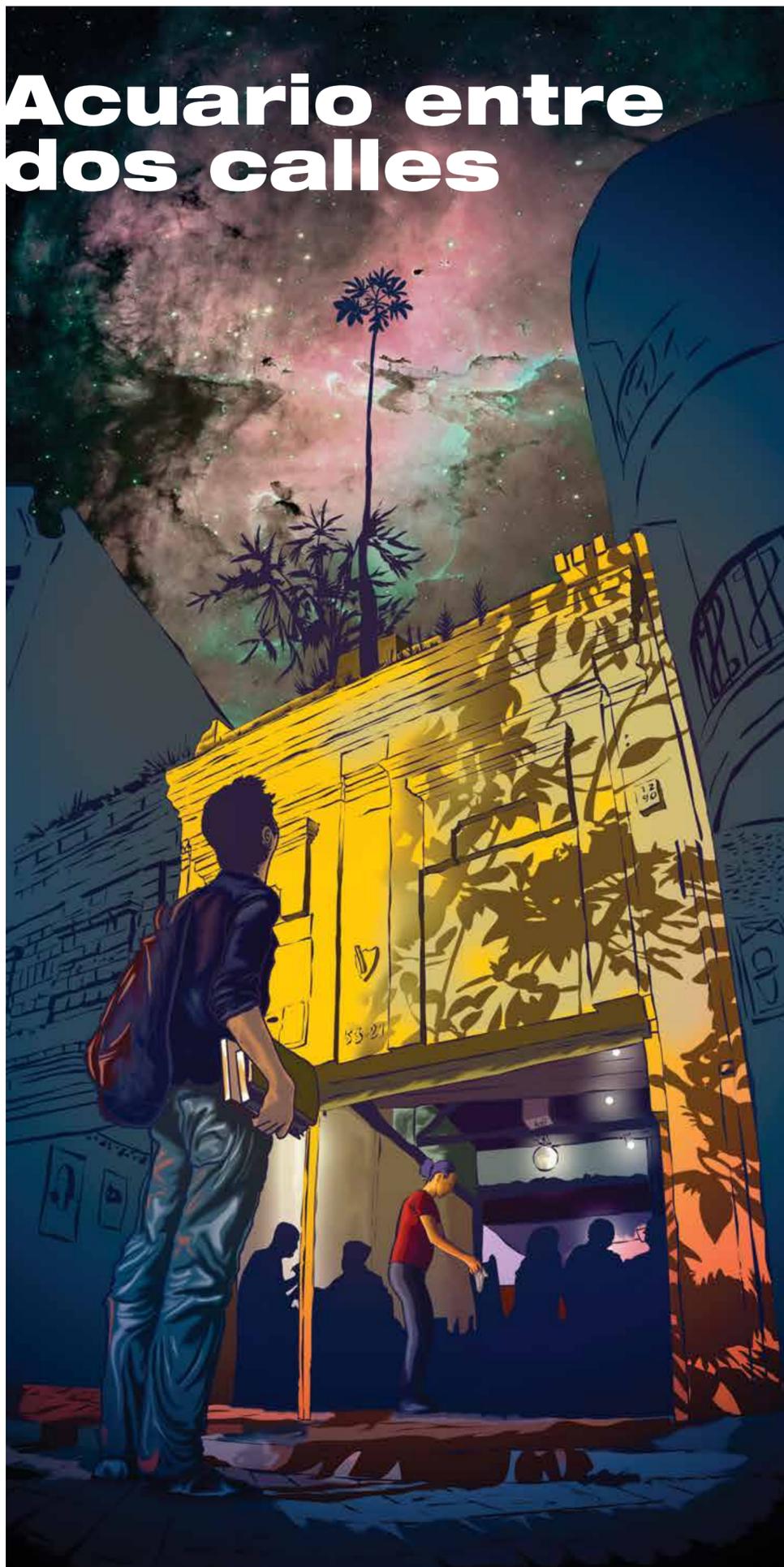
Planetario de Medellín

Medellín todos por la vida

Alcaldía de Medellín

Acuario entre dos calles

Faltan veinte minutos para las ocho, si me voy en bus no llego. Ya en la calle pienso que hubiera sido mejor pedir un taxi y esperar tranquilo. Sin embargo, vivo a dos pasos de una avenida y, aunque está lloviznando y el tráfico se mueve lento, más me demora en estirar la mano que en encontrar un carro libre. —Buenas noches amigo, me lleva por favor al Parque del Periodista. Como el hombre ni me mira, le pregunto: —¿Sabe dónde queda? —¿El parque de la droga?, claro —me contesta mientras mueve la cabeza de un lado a otro. No le voy a dar el gusto de contrariarlo ni de apoyarlo. Decido hacer un voto de silencio, me acomodo en la silla y miro las gotas rodar por la ventanilla. Así está bien, cada uno a lo suyo, él a manejar y yo a pensar en Catalina. Pero cuando me dispongo a reconstruir otra vez la conversación telefónica que me ha tenido en vilo los dos últimos días, el taxista carraspea y dice: —¿Lo que he visto yo en ese parque! Ahora sé que la voy a tener buena. De ciudadano cabal que corrige con el ejemplo, pasó a buhonero de la noche que se las sabe todas y regala experiencia con cada historia; sin embargo, ya picado, no por la curiosidad sino por el espíritu de réplica, le contesto: —Yo voy a ese parque hace más de quince años y no he visto nada que no se haya visto en otras partes de Medellín. —¿Vas a darte en la cabeza? —me pregunta irónico, y suelta una mano de la cabrilla y se da unos golpecitos en la sien. —Hace rato no escuchaba eso de darse en la cabeza —le digo y me río para hacerlo cómplice y dejar pasar la pregunta. Pero no soy yo el que corta el tema, sino una camioneta que se pasa un semáforo en rojo y nos obliga a frenar en seco. Del ciudadano que puntúa los vicios de la ciudad y averigua las faltas del prójimo no queda más que un rosario de palabrotas: —Estos hijueputas que porque tienen un carro grande se creen una chimba... Ahí lo dejo, cocinándose en su propio odio, mientras intento decidir si Catalina me llamó después de dos años de no hablarnos porque simplemente quiere entregarme unos libros o los libros son simplemente un pretexto para volver a vernos. Que venga el diablo y escoja, pero sea lo que sea me di el gusto de citarla en el Guanábano, que no es más que el Parque del Periodista cuando toma prestado el nombre del bar El Guanábano, que figura como Gato con Longaniza en el registro de Cámara de Comercio. ¿Pero quién se toma un ron en Gato con Longaniza? Mejor digámosle Guanábano, me imagino que pensaron sus dueños, y así se quedó. ¿Entendido? Si no es así, no hagamos caso a estos pequeños dédalos, aprovechemos que el semáforo de Maracaibo con Girardot está en rojo y bajémonos en el parque. Me siento en la cafetería Santa Teresita, a un costado del 'Perio', como también le dicen con cariño; pido un pastel de pollo y una coca cola, busco la hora en el celular: las ocho en punto. Recuerdo la sentencia que a manera de consejo me regaló el taxista antes de bajarme: "el que entre la miel anda...". Miro



por JORGE IVÁN AGUDELO

Ilustración: Tobías

la miel desde la primera mesa de la cafetería: muchachos que conversan, beben vino, se pasan un bareto, desprevenidos en la noche de sábado, mendigos y vendedores de chicle, un par de policías que bostezan, un borracho habitual cantando o predicando al lado de la escultura de unos niños que juegan. ¿Por qué le choca tanto a Catalina este parque? ¿Por qué a mí, desde que me lo presentó mi profesor de literatura, el poeta H, me gusta tanto? Quince años, le dije al taxista. Hace quince años, un poco más un poco menos, el poeta H invitó a un pequeño grupo de alumnos a ver una obra en La Casa del Teatro. Cuando salimos nos dijo que nos tomáramos una cerveza en el parquecito, y cruzando la calle ya estábamos en El Periodista. De la obra no recuerdo casi nada; sé que era de Darío Fo y que me gustó como le gustan a uno las cosas a los dieciséis años. Pero lo que realmente me entusiasmó fue el parquecito, ver a toda esa gente ahí, tan en lo suyo, aparentemente despreocupada del mundo, como si nadaran en un acuario en medio de dos calles transitadas. Intento recordar el nombre del ajedrecista que conocimos esa noche cuando veo entrar a Catalina muy maquillada, con tres libros en la mano. —Hola —le digo mientras me levanto, le doy un beso en la mejilla y le señalo una silla. —Hola, mira tus libros, qué pena haberme demorado tanto con ellos —y los deja sobre la mesa. —No te preocupes, ¿quieres tomar algo? —No, me están esperando —y voltea medio cuerpo para señalarme un carro parqueado al frente—. Otro día. —Otro día, sí, otro día. —Me gustó verte, te ves muy bien — me dice por decir y hace un gesto con la mano. Yo me siento sin buscar ni esperar su mejilla. Bueno, pero la hice pasar por estos andurriales, y aunque nada tan indigno como hacer de la necesidad una virtud, queda su rotunda espalda para desmentir al que diga que mejor hubiera sido que se quedara con los libros. ¡Y con lo tranquilo que estaba! Pienso en eso y en un ron, en dos, en tres, en conquistar de nuevo la tranquilidad o la borrachera, pero pido una soda y la cuenta. Así estamos, soda en mano y la resolución intacta; mal haría en llamar a alguien y obligarlo a verme plañir. Salgo de Santa Teresita y busco dónde sentarme, y aunque el parque está muy lleno encuentro un pedazo de muro al frente del bar. Dejo los libros a un lado, prendo un cigarrillo, saludo de lejos a Margara, la mesera del bar, que me hace señas para que entre, pero no, hoy me quedo afuera, en pleno parque, como en la época de la universidad cuando sobraba compañía y ganas de conversar. A mi derecha hay un basurero pegado a un poste, a mi izquierda dos muchachas y un muchacho sentados en triángulo: "yo no digo que el libro sea malo —dice el muchacho ante la expectación de sus amigas—, lo que digo es que la narración es muy fría, ahí no habla una madre sino una escritora, como si su hijo suicida fuera un personaje inventado". Ante la admiración de ellas sigue pontificando

sobre *Lo que no tiene nombre*: "a ese pelao lo mató la mamá. ¿Cómo se le ocurre hacerle todas esas exigencias académicas a alguien que está mal de la cabeza? ¿Y dejarlo ir solo pa la USA? Bueno, y si no lo mató la mamá fue la clase social, ese asunto de la burguesía de que hay que estudiar aquí o allá y así se triunfa". Y después de decir esto levanta su vasito desechable y se toma un trago largo, como si quisiera ahogar en vino a todos los burgueses del mundo. Ojalá la pobre Piedad Bonnett no se encuentre a uno como este en una lectura de su libro, pienso, y sonrío al recordar la veheencia con que yo también desgranaba mis bobadas sobre obras y autores como si en ello se me fuera la vida. Ahí viene mi amigo M dando bandazos, con el cupo lleno, como se dice. Me tiro hacia atrás para que no me vea; no es un pecado, el borracho para los borrachos es bueno, y aunque hace mucho tiempo no nos vemos, prefiero dejar que pase de largo. Ahora la que habla es una de las muchachas, dice que su novia dice pero que ella ha pensado... El joven crítico se dispersa, como si la historia no fuera con él; mira para un lado, para el otro, hasta que descubre mis libros y ahí se queda, intentando leer alguna palabra del título o el nombre del escritor. Se los alcanzo, los recibe, los mira uno por uno, le entrega *Tres rosas amarillas* a una de sus amigas e *Historias de la cárcel de Bellavista* a la otra. El hojear *El caos y la noche*, de pronto levanta los ojos de la página y me habla. —Un profesor de la universidad nos recomendó este libro la semana pasada, pero no está en las bibliotecas. ¿Qué tal es? —Muy bueno —le contesto, pero no pienso en Henry de Montherlant sino en Catalina, en su vicio de dejar todos los libros empezados. "No me atrapó", me decía, y yo me imaginaba la literatura como una red de pesca con huecos muy grandes. Sin embargo, siempre se antojaba de lo que me veía leer y yo le prestaba los libros esperando a que a las semanas me dijera: "este tampoco me atrapó". —¿De qué se trata? —pregunta una de las muchachas mientras me devuelva el libro de Porras. —¿*El caos y la noche*? De un anarquista español que se va para París a torear carros y a soñar con una ciudad en llamas. Por lo demás, se pueden quedar con los libros, ustedes sabrán cómo se los reparten —y me levanto para irme. —¿No se va a tomar un vino con nosotros? —me pregunta una de las muchachas mientras sirve un trago. —No, gracias... Otro día —y nos despedimos. Juventud, divino tesoro. Pienso en caminar un rato, en bajar unas cuerdas antes de buscar un taxi. Voy a entregar la botella y aparecen de la nada policías y más policías: una requisita, muéstreme su cédula, qué tiró ahí... lo de siempre. Y como siempre, paso desapercibido ante los ojos de la autoridad, al punto de que mi amigo H dice que la prueba de que estoy muerto y no me han dicho es que nunca me ven en las requisas. Muerto o no, aquí acaba mi noche. Paro un taxi en la esquina de Santa Teresita, y antes de decirle adónde me dirijo el taxista pregunta: —¿Por qué les gusta tanto este parque? ☺

46%
DCTOS. COLCHONES
Productos seleccionados

ANIVERSARIO
Del 13 de septiembre al 15 de octubre de 2013

46 años

Rambler®
Colchones | Ropa Hogar | Mobiliario

www.rambler.com.co

Medellín
todos por la vida

Convocatoria
Desarrollo
Empresarial
Solidario

Animáte a participar

Inscribiéndote desde el 16 de septiembre hasta el 7 de octubre de 2013, a través de la página web www.economiasolidariamedellin.com.co o en el CEDEZO de tu barrio.

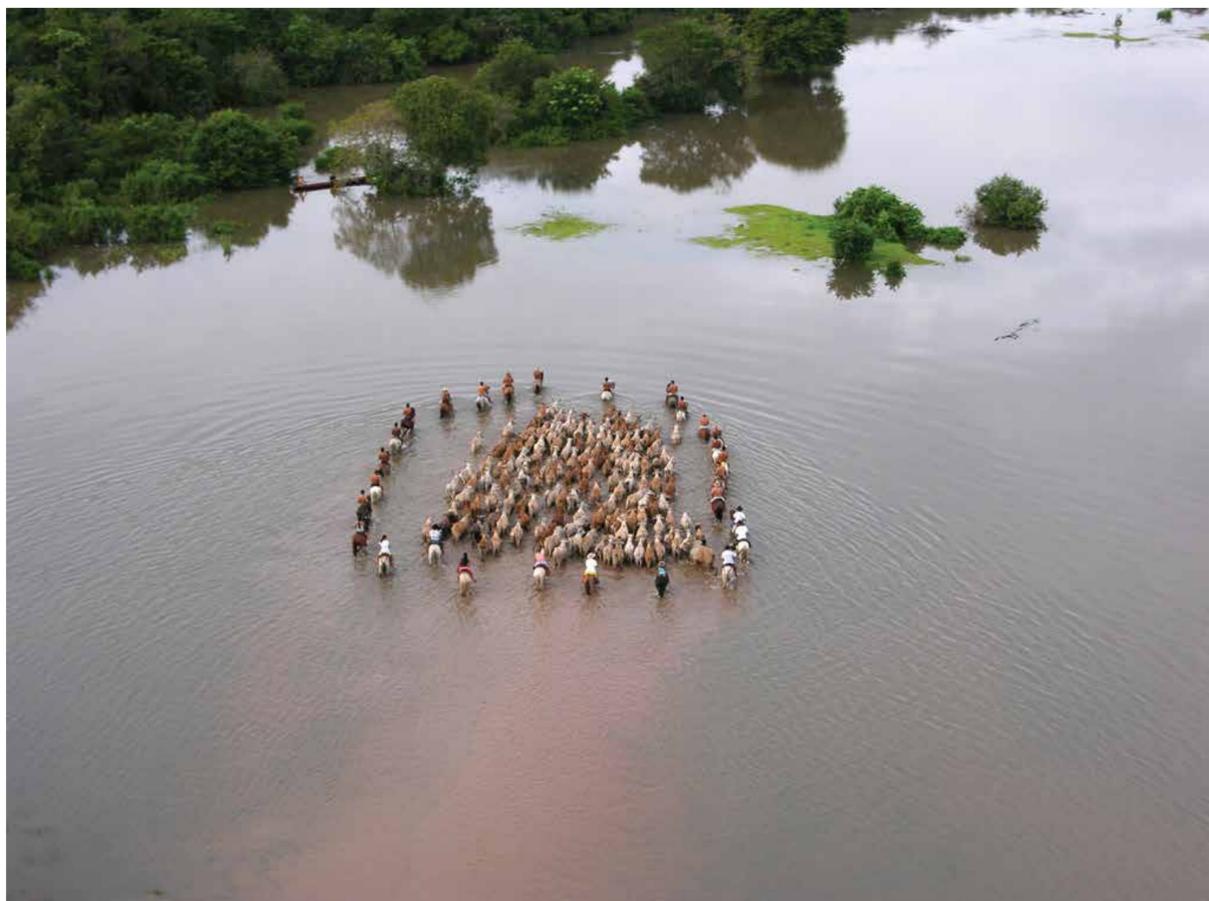
Iniciativas Asociativas para
Creación (aplica para las comunas 2-6-9-10-12-16-60)
Fortalecimiento (aplica para las comunas 2-3-5-6-8-9-10-11-12-13-15-60-80)
Consolidación (aplica para la comuna 6)

Para mayor información contáctanos / Teléfono: 444 66 44 ext. 131-132
Dirección: Cra. 46 No. 56-11 Piso 12 • Edificio Tecnoparque
Email: economiasolidariamedellin@creame.com.co • www.medellin.gov.co

En convenio con: **creame** Incubadora de Empresas, **pp** Plan de Desarrollo, **Alcaldía de Medellín**

VAQUEROS

Fotografías de Carlos Pineda



Ve la serie completa en www.universocentro.com



En 1821 el gobernador de Casanare le informaba a Santander el número de cabezas de ganado listas para “graduarse” en su provincia. Los cuarenta mil habitantes de su jurisdicción se encargaban de lidiar con 350 mil reses. El lazo y el estribo eran las armas claves de los jinetes contra el ganado “mañoso” que coge el monte y desaparece. También los españoles sufrieron sus emboscadas.

Ahora los carrotanques petroleros espantan las reses en las carreteras de polvo del Casanare. Y la bandera de fuego reluce en los campos de Ecopetrol o Pacific Rubiales. Las ringleras de palma de aceite desafían el desorden de los morichales, y los indios Guajibos del Vichada andan en moto así no sepan frenar.

Pero los vaqueros siguen hablando igual a los personajes de La Vorágine. De sus caballos “silleros”, de “la casa de los negros y la casa de los blancos”, de las “fundaciones” que dividen los hatos. Y andan descalzos en el aeropuerto. Cuando van doce hombres guiando doscientas reses se puede oír: “...onde no se puee andá a caballo, jeso pa qué! A mí me pasa lo que al ganao: sólo quiero los pajonales y la libertá?”. ☺

LA PENSIÓN DE LAS MONJAS CARMELITAS

por GUILLERMO VÁSQUEZ

Ilustración: Camila López



Creo que fue Don Andrés Díaz Venero de Leyva, presidente de la Real Audiencia de Santa Fe, el fundador de nuestra villa boyacense que lleva su apellido: Villa de Leyva. Cuando llegaron los españoles, por allá en mil quinientos y tantos, la convirtieron en un valle ubérrimo donde crecía el trigo y la cebada al lado del maíz y de las habas, las vides daban un vino flojo pero abundante y a la larga muy agradable, y los olivos fructificaban sus aceitunas verdes, rojas y negras. Por supuesto que cantaban los gallos, balaban las ovejas y a lo lejos rebuznaban los burros. Estar en Castilla de Oro era estar en las llanuras de la Mancha.

Muy pronto vinimos las carmelitas descalzas, un poco tras los pasos de los dominicos del monasterio del Santo Ecce Homo que nos servirían de confesores y capellanes. Buscábamos silencio, paz y sosiego. Nuestras antepasadas se encerraron en una choza de piso en tierra y techo de paja, mientras los obreros indios y los capataces españoles terminaban de apisonar los muros, tender las vigas y emparejar las tejas de barro rojo. Ellas mismas enjalbegaron las paredes y dispusieron las baldosas, también rojas, sobre los largos claustros que unían todas las dependencias del convento.

El pueblo nos sentía propias y nunca faltaba el alimento en nuestra mesa austera. Por eso todos los rincones del inmenso monasterio se llenaron de pinturas hermosas y de bellas esculturas en madera policromada que recreaban pasajes de la Biblia, a nuestro padre san Elías —el profeta del Monte Carmelo—, a nuestra madre santa Teresa de Jesús, a nuestro padre san Juan de la Cruz y a varias de nuestras abadesas, aquellas que alcanzaron a ser retratadas por un pintor ambulante que venía desde Tunja pasando por pueblos y aldeas. Las

retratada como jóvenes novias coronadas de rosas blancas así tuviesen 95 años, cuando, temblorosas y durmientes, posaban para él. Y el Niño Dios en cada celda, empelotica para que por lo menos le pudiéramos bordar los pañales.

Ellas mismas, nuestras antepasadas, las monjas carmelitas descalzas del siglo XVI, cavaron en lo más retirado del huerto la primera fosa del cementerio cuando murió la primera de las siete fundadoras, y así se fueron enterrando las unas a las otras, entre los cipreses altos y negros contra el cielo.

Las monjas del coro, las profesas solemnes, veníamos de familias prestantes o ricas, o ambas cosas. Los padres inducían la vocación en la hija poco agraciada, para descartar los riesgos de un mal matrimonio y conservar unido el patrimonio familiar. Una pequeña dote era quitarle un pelo al gato. Las monjas freíamos buñuelos que con miel sabían a gloria, orábamos día y noche por los nuestros, y la familia prosperaba. Se nos exigía para entrar, además de la dote, estar sanas y ser vírgenes, lo mismo que saber leer, escribir y contar corrientemente.

Las otras, las donadas, exentas de lo anterior con excepción de la virginidad, atendían al turno: “¡Ave María Purísima!”, llamaba el visitante, y la portera de turno respondía con su voz cantarina “¡Ave María Purísima!” para iniciar el diálogo en el que se recibían noticias, cotilleos, peticiones, avisos. También se intercambiaban dones, limosnas, provisiones, a cambio de los escapularios bendecidos y los *Agnus Dei* protectores de fieles y pecadores. Ellas, las donadas, podían salir a hacer mandados de urgencia y a prestar algunos cuidados a enfermos e indigentes que la caridad imponía hasta a las enclaustradas más observantes.

Los días pasaban somnolientos, la luz se movía sobre zócalos y paredes encaladas, arruga tras arruga, cuaresma,

pascua, pentecostés, la Santísima Virgen, los santos y las santas, los mártires. Se moría la abadesa y elegíamos sucesora a la mejor de todas, para que siguieran los días, el adviento, la navidad, la epifanía.

Con el depósito de las dotes se hicieron malos negocios y préstamos, se pagaron intereses, se encargaron vasos de oro y de plata y coronas de esmeraldas. Por días, meses, incluso años, sobrevivimos gracias a la providencia divina que viste a las flores del campo y alimenta a las aves del cielo. Nunca nos faltó el pan, ni faltaron nunca el aceite y el poco vino que empleábamos. El médico nos atendía a expensas de la alcaldía, y así pasábamos.

La clausura era estricta, papal. Solo podía traspasarla sin cometer sacrilegio el mismo sumo pontífice, su majestad el rey o el virrey, el señor arzobispo, el cura párroco en caso de viático o de extremaunción in *articulo mortis*, y nadie más, so pena de excomunión *ipso facto* reservada al papa. Así fue por siglos.

Cuenta la cronista que vino la Independencia, la insurrección del 20 de julio de 1810, gobernadores y alcaldes elegidos por los presidentes de Bogotá, la patria boba de no saber si centrarse o federarse, y luego el regreso de los españoles, el patíbulo en las plazas y tantos patriotas fusilados. No se les daba nada, rechazaban la venda en los ojos, morían alegres, gritando vivas a la Nueva Granada libre y soberana, después de confesarse, recibir devotos el santo viático y besar el crucifijo.

Simón Bolívar pasó cerca, seguido por Francisco de Paula Santander. Lucharon contra Barreiro y sus tropas en el Pantano de Vargas, los derrotaron y apresaron al líder en el puente del río Boyacá. El camino a Santa Fe estaba expedito y en la capital se apresuraban los preparativos del recibimiento, en el que

habría coronas de laurel por cientos y una corona de oro constelada de diamantes, rubíes y esmeraldas de Muza para el Libertador.

Cuando él pasó cerca de esta villa le hablaron de nuestro monasterio y de los recuerdos borrosos del presidente de la Audiencia, su fundador. Bolívar decretó para nosotras una pensión perpetua de un peso de oro anual. Menos mal no vino hasta acá, habríamos tenido que franquearle la clausura en lugar del rey y su séquito. Bolívar era masón y por lo tanto estaba excomulgado, con todos los que le ayudaran.

Poco tiempo nos sirvió esa pensión, pero al menos se hicieron reparaciones urgentes, se bordaron ornamentos litúrgicos para no hacer que los capellanes celebraran con hilachas, de oro, pero hilachas. Cobrarla era una epopeya, por interpuesta persona que sacaba su comisión. Alguna vez la dejaron de pagar. Otra vez se cayó en la cuenta de que un peso de oro no alcanzaba ni para el aceite de la lámpara del Santísimo. Hasta que se nos olvidó que la teníamos.

Hubo muchas guerras civiles. Muchas constituciones. Hubo años de no tener capellanes, pues los religiosos dominicos fueron expulsados del país con todos los religiosos y muchas religiosas en tiempo de los gobiernos liberales radicales. Confiscaron los conventos, los muebles, las bibliotecas, los vasos sagrados, los esclavos y las esclavas que trabajaban las tierras. Quedamos a merced del párroco, que de cuando en cuando nos celebraba una eucaristía para renovar las especies en el sagrario. Las enfermas se mejoraban con tal de no perderse la única misa que tendríamos en meses.

Nuestro monasterio fue respetado porque el pueblo se alzó para defendernos, tanto nos querían. Labriegos y pastores durmieron por turnos a la puerta de la capilla y del vestíbulo para espantar a los enviados del gobierno radical.

En Bogotá al fin se resignaron: total son cuatro viejas nonagenarias, cuando acaben de morir se caemos, dijeron.

Pero no nos acabamos: el Niño Dios hizo el milagro y la madre abadesa, Hermenegilda, tuvo la inspiración de recibir en el noviciado, para el coro, campesinas pobres, sin dote, jóvenes e ignorantes. Ella misma les enseñaba a leer, escribir y contar. El monasterio volvió a florecer. Las limosnas del pueblo no faltaban y nos arrebataban las colaciones, los merengues, el vino de manzanas y de peras criollas, las galletas y los panes de cebada y centeno.

“¡Alabado sea Jesucristo y la Virgen Santísima su madre! ¡A la oración hermanas, a alabar al Señor!”, llamaba la sacristana tocando las campanillas por los claustros a las dos de la mañana, al canto de los gallos. Y era un correr de alpargatas, con gritos por el agua helada de las palanganas para el aseo matutino. A la media hora subían al cielo las alabanzas con nuestras voces de sopranos: “¡Deus in adjutorium meum intende. Domine ad adjuvandum me festina!” (¡Dios mío ven en mi auxilio. Señor date prisa en socorrerme!). Y las gentes madrugadoras de la Villa de Leyva pasaban arreando sus rebaños y sus burros, se persignaban frente a nuestra iglesia y se confiaban a nuestras constantes y fervorosas oraciones.

Y así por años y por décadas, hasta que llegaron nuestros hermanos los carmelitas descalzos y nos compraron el potrero del frente para poner allí su noviciado. Se murieron los presidentes radicales y vinieron los conservadores a reparar los entuertos de ese olimpo de ateos amigos del matrimonio civil, la educación laica, el federalismo satánico y la absoluta separación entre la iglesia y el Estado.

Ahí, en el archivo del claustro junto al pozo, están los libros de la crónica para quien quiera saber más de nuestra vida oculta y silenciosa, cuando no estábamos rezando y cantando en el coro tras la reja de hierro y las cortinas negras, que nos protegían de cualquier contacto con los fieles que asistían a nuestra iglesia.

Solo quisiera recordar dos acontecimientos recientes: cuando trajeron desde Tunja los restos de doña Carola Correa de Rojas Pinilla, nuestra gran benefactora. Sin sus generosas mandas los techos nos habrían caído encima, las tapias se habrían desmoronado como si fueran bizcochuelos viejos y no habríamos tenido cera para alumbrar a tantos santos de las galerías y la sala capitular. Le cantamos la misa de réquiem de Palestrina, a capela, a cinco voces, mientras familiares y amigos bajaban el ataúd de roble a lo profundo de la fosa, abierta en la capilla de la Inmaculada.

Vinieron las cometas, se murieron los últimos olivos, los labriegos dejaron de cultivar el trigo, el valle se volvió casi un desierto y comenzaron a aparecer restos fósiles gigantescos, esqueletos de los dinosaurios como sellos sobre la tierra. Restauraron la casa donde murió el precursor, don Antonio Nariño, la gente vieja vendió sus casas a ricos capitalinos, abrieron hoteles y restaurantes, y la Villa de don Andrés Díaz Venero de Leyva apareció en los mapas turísticos y el presidente Carlos Lleras Restrepo quiso venir a inaugurar no recuerdo qué obras.

Nuestra madre abadesa tuvo una inspiración: le cursó al presidente liberal invitación para visitar nuestro convento, con su esposa Doña Cecilia

de la Fuente, que era tan católica, y todo su séquito de ministros y chafarotes, muchos de ellos masones. No importaba. Para curarse en salud le pidió su permiso y bendición al arzobispo de Tunja, nuestro ordinario, y le consultó por correo secreto sus planes, que el santo y anciano prelado, ya un poco reblamado, no dudó en aprobar.

Hubo revuelo de campanas, despliegue de tropas, detectives y guardaespaldas disfrazados de cultivadores de papa, banderas y pancartas de saludo, formación de las escuelas y colegios en uniforme de gala. Nosotras estrenamos hábito después de pasar quince días sacudiendo, barriendo, remendando, deshierbando los jardines y resembrando las plantas.

El presidente, bajito, regordete y de sonrisa bonachona, fue recibido primero por nuestros hermanos los carmelitas del frente, que le sirvieron el almuerzo a él y a su séquito en el amplio refectorio de su convento, mucho más luminoso, moderno y digno que el nuestro. Luego los trajeron hasta el atrio de nuestra iglesia, y la madre abadesa corrió las cortinas negras de la reja en el locutorio y abrió la puerta de hierro dulce y oxidado que no se abría desde la fundación hacía siglos; menos mal se nos ocurrió limpiarla y aceitarla días antes.

Todas nos formamos en el claustro mayor, cubriéndonos el rostro con los velos, como estaba mandado en esos casos. Los visitantes nos miraban asombrados, conmovidos, mientras cantábamos el *Te Deum*. Boquiabiertos, contemplaban las pinturas, las esculturas, casi caminaban de puntillas, apenas se atrevían a rozar con los dedos las flores del jardín, mientras que las campanas de la espadaña mayor repicaban y repicaban.

Nuestra madre abadesa, velada ella también, acompañaba al presidente, que iba delante de su cortejo; le explicaba el uso de las salas, le abría las puertas de la cocina, la despensa, la biblioteca y el locutorio, lo acompañaba hasta el cementerio.

Las donadas repartieron masato y colaciones, buñuelos con miel y vino de manzanas y peras en vasitos de cerámica traídos desde Ráquira. La primera dama, doña Cecilia de la Fuente de Lleras, pidió a nuestra madre abadesa que le permitiera entrar a una de nuestras celdas. La madre contó después que Doña Cecilia se puso a llorar al tocar el burdo y duro jergón de la cama, y que se arrodilló devota frente al crucifijo renegrido de siglos, el único objeto que adornaba las paredes blancas de cal.

Salieron como llegaron: admirados, sonrientes, silenciosos. En la sala capitular el presidente Carlos Lleras, rodeado de los cinco ministros que lo acompañaban y de sus edecanes de campaña, pronunció unas breves palabras de agradecimiento, entregó a nuestra madre abadesa un cheque sustancioso y un decreto, en nota de estilo, sobre pergamino, asignándonos una pensión perpetua que debía incrementarse periódicamente según las fluctuaciones de la inflación y que ya había sido aprobada por el Congreso de la República en pleno.

¡*Laus Deo et Virginaeque Matris!*! (¡Gloria a Dios y a la Virgen Madre!).

Medellín, Biblioteca de los Misioneros Claretianos en Jesús Nazareno Santa Fe de Bogotá. En el año del Señor de 2013. ☪

Patricia y Jaime

por ANA MARÍA MESA

Ilustración: Ana López/Cabizbaja

Patricia se bajó del carro de su hermano y su cuñada, con quienes había estado el fin de semana. Por fortuna, Armando esperó en el carro hasta cerciorarse de que ella entrara a su casa. Por fortuna, porque Patricia no lo logró. Cuando intentó abrir la puerta, se encontró con que la llave no servía. Volvió a intentarlo, perpleja. Nada. Se volvió hacia el carro y les dijo a Armando y a Elena que algo raro sucedía, que la llave no entraba. Lo intentó una vez más, esperando que por un milagro su vida volviera a tener sentido. No lo consiguió. Entonces timbró. Jaime con seguridad estaba adentro. Por el carro guardado en el garaje Patricia dedujo que no había salido. Nadie atendió. Timbró varias veces. Timbró largo. Timbró corto repetidamente. Nadie salió. Llamó. Jaime contestó:

—No puede entrar, Patricia, cambie todas las chapas de las puertas y las ventanas.

—Ábrame, Jaime, esta también es mi casa —replicó Patricia con calma.

—Esta casa es mía, Patricia, y desde ahora vivo solo.

Jaime colgó. Después de tantos años de matrimonio, y a pesar de ser testaruda, Patricia sabía que, por lo menos esa noche, su situación no cambiaría.

Patricia y Jaime llevan casi cuarenta años juntos. Tienen dos hijas adultas que ya se fueron de la casa. Ha llegado el momento de compartir la vejez. Su matrimonio es una cómoda incomodidad en donde encuentran más motivos de orden práctico que romántico para quedarse. Con los años, sin embargo, han aprendido a llevarse bien y ahora tienen una relación mucho más amable de la que fueron capaces de construir mientras sus hijas vivían con ellos. Lo obligó la soledad que ahora comparten por separado.

Jaime tiene un temperamento explosivo que a sus 76 años todavía no domina y que le ha ocasionado muchos problemas en su matrimonio, en su familia, y también uno que otro en su vida profesional. Pero es sobre todo una persona auténtica, simpática y muy inteligente. Una persona a la que todo el mundo quiere. Patricia es una esposa de diez en conducta. No hay nada que reprocharle excepto el hecho de que no haya nada que reprocharle. La altura moral de alguien sin errores puede hacerle difícil la vida a una persona tan humana como Jaime y, a su vez, alguien tan humano como Jaime es un reto muy importante para una persona que no acostumbra cometer errores. De alguna manera, y a pesar de la buena relación que han logrado equilibrar, tienen que pasarse factura. Y esta vez midieron bien sus fuerzas.

Era evidente que Jaime se encontraba en uno de sus episodios paranoides. Desde hacía algunos días venía dando muestras de eso. Debido al invierno, la ciudad había estado diecisiete días sin agua. Un derrumbe se había llevado uno de los tubos principales del acueducto, y Jaime había convertido todo el episodio en una historia de desventuras. Jimena, su hija menor, le había

sugerido que mientras el inconveniente pasaba se fuera para la finca de una de sus hermanas, pero él se negó. Unos días después, él mismo la despertó a las cinco de la mañana.

—Jimenita, salgo a las siete, me voy de la ciudad. Esto se va a desaparecer todo, ¿te vas conmigo?

—No, papi, yo tengo que trabajar —contestó Jimena desestimando las palabras de su padre y sin muchas ganas de discutir.

—¿Hace unos días me dijiste que teníamos que irnos! ¿Quién te entiende?!

—Bueno, papi, me avisas para dónde te vas a ir.

—Listo, mi amor —colgó molesto, y nunca partió.

También llevaba varios días amenazando con cambiar las chapas de todas las puertas y ventanas para evitar algún robo imaginario, para librarse de que irrumpieran en la casa personas inventadas, para impedir que Patricia entrara... Cuando estaba así decía, sin que nadie lo tomara en serio, que también de ella desconfiaba. Eran ganas de molestarla, de demostrar un poder que no tenía.

Casi cuarenta años de matrimonio hacían que Patricia, llena de cansancio, intentara razonamientos que no acostumbraba.

Una semana pasó sin que las llamadas de sus hijas ni las de Patricia tuvieran efecto. Ocho días después, para sorpresa de Jaime, llegó a su casa la citación de un juzgado de familia para una audiencia de conciliación. A pesar de muchas circunstancias similares, Patricia nunca había obrado de esta manera.

Ese mismo día Jimena le dijo a su hermana que fueran hasta la casa sin

previo aviso e intentaran hablar con Jaime, con la idea de sacar toda la ropa y las pertenencias de Patricia. Con el paso de los días ella se había envalentonado y había decidido llevar las cosas hasta las últimas consecuencias. Pero las "últimas consecuencias", sabían sus hijas, irían hasta cuando Jaime dijera "Patri, volvé". Y con ese cuadro conciliador se encontraron cuando llegaron: Jaime había limpiado todo y él mismo estaba impecable; no parecía un hombre que para todo depende de su mujer. El papel firmado por la abogada de familia reposaba en la mesa de centro del estudio de Jaime.

—Díganle a Patri que vuelva cuando quiera, que a mí ya se me pasó la ventolera. —Dígale usted, llámela y pídale cao —contestaron las hijas casi en coro, felices de ver los efectos de llevarlo todo hasta las últimas consecuencias.

Jaime se rió, coqueto, convencido de que un gesto como ese tendría mejor efecto en Patricia que en sus hijas. Jimena y su hermana sabían que eso era cierto y, convencidas de que lo que estaban a punto de hacer tendría que ser deshecho en menos de dos horas, subieron a la segunda planta de la casa para sacar en varias maletas las pertenencias de Patricia.

—¿Qué hago?

—Lo que usted quiera, mami, nosotras la apoyamos.

—¿Será que vuelvo a donde su papá?

—Lo que quiera, mami.

—No, ¡yo voy a llevar todo esto hasta las últimas consecuencias! Jaime tiene que entender que no me puede hacer estas cosas.

—¡Nos parece muy bien! —celebraron—. Usted tiene toda la razón, mami. Ya es hora de que mi papá vea que las cosas tienen consecuencias, ahora que es con abogados y todo va a entender que no puede hacerle estas cosas.

—Ay, ¿o será que vuelvo a donde su papá?

—Como quiera, mami, nosotras la apoyamos.

Contra todo pronóstico, Patricia decidió esperar hasta la audiencia de conciliación para ver en qué actitud estaba Jaime. Sus hijas, felices, consideraron que eso ya era un logro para una mujer como su madre, que en este caso luchaba contra todo lo que le habían inculcado desde niña. Llevarlo hasta las últimas consecuencias iba a tener por lo menos una escena adicional.

El día de la audiencia de conciliación tres mujeres esperaban a Jaime en la sala de abogados de un edificio del centro de la ciudad: su esposa, la abogada de su esposa y la abogada del juzgado de familia. Jaime se presentó solo, indefenso, sin abogados, sin argumentos. Las abogadas no dieron crédito a las historias que Patricia les había contado cuando tuvieron que enfrentarse a la estampa de viejito bonachón que tenía Jaime.

Luego de firmar los documentos con los acuerdos, incluso financieros, que el chiste de cambiar las chapas le habían costado a Jaime, Patricia volvió a su casa con la dignidad de tres mujeres juntas. Estaban reunidos otra vez para tirar de un lazo imaginario, pero ahora ambos sabían que tenían la misma fuerza. Y llevaron todo otra vez hasta las penúltimas consecuencias. ☘

Método eficaz para sacar gases a las cuatro de la madrugada

por ALEX JIMÉNEZ

Ilustración: Wil Zapata

Ciorán —quien pasó gran parte de su vida cifrando en la criptografía de su prosa cosas sabidas por todos—, en otro de sus textos de tortuosa lectura nos recuerda, una vez más, algo obvio: que ningún ser humano en sus cabales debería engendrar una criatura. Aunque soy papá, estoy de acuerdo: es un acto de suma indolencia e irresponsabilidad. Por fortuna y por desgracia, hasta ahora no se ha probado que haya algún ser humano en sus cabales. A veces se me ocurre que el ser humano en realidad es incapaz de guiarse por la razón —suponiendo que eso exista—, y que si mucho logramos engatusarnos con gruñidos que pasan por razonamientos y que lo único que hacen es maquillar una verdad más o menos vergonzosa: somos animales asustados que necesitan tener fe. Los dioses que creamos se han llamado Zeus o física cuántica. Pero sentimos la misma fe que sentimos cuando vivíamos en las cavernas. Es solo una ocurrencia.

Antes de cambiar pañales conviene engendrar a la criatura, y existen inesperadas variaciones del milenar rito del apareamiento para sazonar con unas pinceladas de alegría nuestro propósito. Los pudores no suelen ser aliados de esta etapa: dicen que en la cama todo se vale, o más nos vale no hacer nada. Una de mis tres hermanas salió con una teoría tan caprichosa que tiene que ser cierta (o en todo caso a mi vanidad le conviene que sea cierta): si el acto resultó particularmente deleitable, el fruto de nuestros esfuerzos será una niña. Así pues, todos los especímenes masculinos del género humano no somos más que el producto de un amor lánguido y rutinario de amantes tristes.

Ahora entremos en materia. Por lo general, el macho es un bruto y no despierta ante ningún ruido. La hembra, muy paciente, se arrellana en las pieles que la guardan del frío, toma a la cría entre sus brazos y se la pega al pecho para ofrecerle su leche y los latidos de su corazón. Este es quizá uno de los momentos más bellos de la existencia. Pero el macho no solo es incapaz de despertar, sino que además ronca. Cuando la cría termina, la hembra recurre a sutilezas para despertar al macho, no tanto porque realmente lo necesite, sino para que deje de roncar. El macho rezonga, da una vuelta, abre los ojos. Se incorpora, recibe a la cría de mala gana. Entonces la acuesta sobre su pecho, siente su calor, y la cría emite un suspiro pequeño, como un hilo, y el macho —pese a su condición primitiva— comprende en ese instante a qué ha venido a este mundo. Después se sienta en el lecho con las piernas cruzadas como si fuera a meditar, acto que supera con creces sus habilidades. Pone la pancita de la cría sobre el hombro mientras le sostiene las nalguitas con la palma de la mano opuesta. En lugar de golpear la espalda de la cría, la mece con movimientos circulares usando como eje la pancita. Los codos del macho descansan sobre sus piernas cruzadas, haciendo que la labor nocturna sea menos agotadora. Siente el peso de la cría sobre su hombro, la siente respirar y abrazarse a él, y entonces cree comprender con todas sus vísceras el significado oculto de cada átomo que palpita en el universo. Pero como es incapaz de traducirlo a su rudimentario sistema de comunicación (hecho de saliva y gruñidos), prefiere guardarse lo que sabe muy adentro.

La cría, en cambio, no se guarda nada: todo lo bota sobre la espalda del macho. También eso es bello, ¿no? ☘

Negarse a que el acto delicado de girar el picaporte, ese acto por el cual todo podría transformarse, se cumpla con la fría eficacia de un reflejo cotidiano.
Julio Cortázar, *Manual de instrucciones*



Un lugar para Disfrutarlo y Nutrirlo

La bebida es necesaria para restar la vida: tu cuerpo.

El té fortalece tus órganos, ayuda a sincronizar su función y la conexión existente entre ellos.

Tenemos charlas, talleres y música en vivo para ti.

www.facebook.com/Vianaca

Vianaca
CASA DE SALUD Y ARTE

www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



Octubre 26/13

Teatro Pablo Tobón Uribe

Un numerito para celebrar dos numeritos 5-50

UC edición de aniversario, siempre gratis, siempre nuevo, ojalá siempre



Cualquier cosa, menos quietos

Todo esto eran mangas